COMEDIA FAMOSA.

EL MAESTRO DE ALEXANDRO.

DE DON FERNANDO DE ZARATE.

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES.

El Rey, Barba.	*Julia, Princesa.*	*El Mariscal.*
Alexandro, Principe, Galàn.	*Octavia, Dama.*	*Lidoro. Un Alcayde.*
Camilo, Infante, Galàn.	*Elena, Criada.*	*Damas. Musica.*
Aristoteles, Barba.	*Tabaco, Gracioso.*	*Acompañamiento.*

JORNADA PRIMERA.

Salen Lidoro, y Musicos.

Lidoro. EL gran Principe Alexandro
se levanta aora, suenen
los instrumentos, cantad
al successor del Oriente.

Sale con ostentacion Alexandro, y Criados, que le dàn de vestir, y cantan los Musicos.

Music. De los luceros de Octavia,
negros harpones de amor,
sale quexandose el Alva
de que se oponen al Sol.

Alex. Què mucho, si mi alvedrìo
essa Deidad sujetò?
Ay Octavia! proseguid:
la espada. *Lidoro.* Bien le sonò.

Music. Por entendimiento alumbran,
que como Deidades son,
tiran al alma derechos
los rayos de dos en dos.

Alex. Mi espiritu lo dirà,
pues de essas luces viviò.
La capa: Proseguid. *Sale Tabaco.*

Tabaco. Bueno;
yo llego à linda ocasion.

Music. De sus mismas claridades
vista cobrò el ciego Dios,
que vè por la voluntad
las luces de su favor.

Sale al paño Aristoteles, con barba venerable.

Arist. Por Maestro de Alexandro,
del Rey elegido estoy,
peligro corre la ciencia
donde falta la razon.
Quiero mirar desde aqui
este Principe (el mayor
que tiene el Orbe) la luz
que su espiritu sacò.

Alex. Denles quatro mil ducados
por el tono, letra, y voz.

Un Music. Gran Principe!

Otro Music. Es Alexandro,
que no hay mas ponderacion.

Arist. Por cantar un tono, dà
un señor como señor:
claro està; pero si diera
al pobre lo que les diò

à los Musicos, no dudo
que fuera el tono mejor;
que no hay voz que sea divina,
si la caridad faltò.
Alex. Lidoro, amigo, no oìste
esta divina cancion
en alabanza de Octavia?
Lidoro. Como la compuse yo,
no me toca la alabanza.
Alex. Toma este diamante. *Lidoro.* Son
las Musas, que me inspiraron,
deidades de tu valor.
Arist. El premiar à los ingenios,
es de un Principe blason.
Si lo que escribiò el Poeta
(que pocos escriben oy)
es exemplar, que los versos,
que enseñan con atencion
à enamorar, no merecen,
ni lauro, ni estimacion;
los que enseñan à vivir
con virtud, alabo yo,
porque aquestos son escritos
à la luz de la razon,
y aquellos à la delicia;
y se distinguen los dos,
en que los unos son cuerdos,
y los orros no lo son;
pero el mundo està de suerte,
que se premia lo peor.
Alex. Es publico, que yo adoro
à Octavia?
Lidoro. Sì, gran señor,
y no hay ninguno que diga,
que por gala, y discrecion,
aunque no huvieras nacido
primogenito del Sol,
que no mereces de Octavia
(dexo aparte tu valor)
la celestial hermosura.
Alex. Aunque fue mi inclinacion
por hijo de Marte, siempre
aquel encendido ardor
de la guerra, mi alvedrio
Octavia sola rindiò.
Lidoro. Pues no basta tu grandeza
para abrasarse de amor
la diosa de la hermosura?
Arist. Ha lisonja! quien te diò
entrada en el alma, puso
à gran peligro su honor.
Què dulcemente se encanta
à la voz de este Arion
un Principe divertido!
con la verdad le engañò.
Que es galàn, dice Lidoro
al Principe, y no mintiò;
pero sirve su lisonja
de capa à la adulacion;
y verdades con lisonja,
ni lo han sido, ni lo son,
pues llevan, para no serlo,
el engaño, y la ambicion:
esta, mentira con alma,
y aquel, fabula con voz.
Alex. Tabaco? *Tabaco.* Señor?
Alex. Por què
estando aqui no has llegado?
Tabaco. Señor, como estabas dado
à las Musas, no lleguè.
Alex. Haces versos?
Tabaco. Qual, y qual.
Alex. Son comicos?
Tabaco. Señor, sì,
soy Poeta frenesì,
con locura original.
Alex. Viste à Octavia?
Tabaco. Vi su mucha
discrecion, gala, y belleza
en esta pintura. *Alex.* Empieza.
Tabaco. Al vivo la pinto, escucha.
Saliò Octavia, y saliò el Sol,
y asiendole del cabello,
por quitarne allà essas luces,
puso al dia como nuevo.
Pues què dirè de los ojos?
es locura hablar en ellos,
pues teniendo esclavos blancos,
se servian de dos negros.
Mirados à buena luz,
con linda estrella nacieron,
pues las niñas cada noche
se echan à dormir con ellos.
Las cejas negras, en blanco
vistieron el terciopelo,
y sobre nieve salian

las

las pestañas de los cielos.
Un clavèl enano andaba
por su boca tan risueño,
que diò de manos à boca
con el Alva quando menos.
Con un parecer gentìl
hablò con la Diosa Venus,
y en ella no fue milagro,
porque hablaba de misterio.
Còmo està el Principe, dixo?
respondì: su mal no entiendo;
en no viendote està malo,
pero viendote està bueno.
Riyòse con señorìo,
quiero decir, con dos reynos,
porque la boca partìa
con la risa los imperios.
Què mal tiene? replicò;
respondila à lo discreto:
Señora, de mal de Octavia
pienso que se està muriendo.
Enterneciòse: y llevando
à los ojos el lenzuelo
(que quando lloran las Damas,
se enriquecen los pañuelos)
le comunicò al cambray
à solas su sentimiento;
con que al nevado cendal,
bien à costa de su dueño,
le vino como nacido
de perlas este secreto.
Llegò à Palacio, à su quarto
la fui, gran señor, siguiendo;
y despues que se quitò
de Tiro el ropage Griego
(tela que tiene verguenza
de apartarse de su dueño)
se quedò nevando copos
à un blanco cendal Armenio,
casto velo de Diana,
templado armiño de Venus.
Ha señor, si la miràras
esparcir sobre su cuello,
en dos partes dividido
el cabello, y sin asseo
bolar luces por el aire
al baxar à su elemento!
Yo muchos pelos he visto,
pero tan largo, y tan bello
no espero verle jamàs;
y si tù le vès, sospecho,
que te llevan aquel dia,
si tienes entendimiento,
asido de voluntad,
al Cielo por un cabello.
Dixome: dile à Alexandro,
que el Rey su padre ha dispuesto
darle à la Princesa Julia
por esposa, que el decreto
baxò aora, segun dicen,
del solio de su Consejo,
que yo le verè esta tarde,
si me concediere el tiempo
vida, para que le diga
la gravedad de mis zelos.
No pudo passar de aqui,
porque se assomaron luego
al balcon de las pestañas
unos pedazos de cielo,
tan bellos, y tan hermosos,
que dixeron los luceros,
que son plateros del Sol,
mirandolos muy atentos,
que con ser perlas tan niñas,
no se les hallaban precio.
Arist. Bien este necio ha pintado
en sus amorosos versos
à Octavia, de ingenio son,
pero es vicioso el ingenio.
Què doctrina sacarà
este engañado mancebo
de esta pintura amorosa?
Animar vivos incendios
al amor, turbar el juicio,
dañar el entendimiento,
y destruir por un gusto
los Reynos, y los Imperios.
Mucho pudiera decir
en razon de los ingenios;
pero passe por cordura
lo que se dexa en silencio,
que no faltarà ocasion
para decirlo à su tiempo.
Salgamos à reprimir
juveniles desaciertos,
que los discipulos viven

en quanto dura el Maestro. *Sale.*
Alexandro? gran señor?
Alex. Ya, Aristoteles, culpaba
vuestra ausencia. *Arist.* Si tardaba
el deseo, no el amor,
y es facil el argumento;
porque si la imagen vive
en aquel que la recibe
por luz del entendimiento,
y vos en mi pecho estais
por lealtad, y por amor,
quando no os veo, señor,
en el alma os retratais:
Y es discurso prevenido,
y muy conforme à razon,
el vèr por el corazon,
y no vèr por el sentido.
Alex. Quedemos solos.
Tabaco. No dura
la dicha con el agravio:
mil ducados este Sabio
me quita de mi pintura. *Vanse.*
Alex. Aristoteles? *Arist.* Señor?
Alex. Pues por sabio Consejero
os tiene mi padre, y yo
por amigo, y por Maestro,
fuerza serà que me deis,
como quien sois, un consejo.
Arist. Señor, el peligro està
en acertar con el bueno,
que dar consejo es muy facil,
y por mas dificil tengo
el admitirlo, que el darlo;
porque si el sabio mas diestro
le dà contra la opinion
del que le pide, sabemos,
que se pone à dos peligros:
uno, à disgustar el dueño;
y otro, à disgustarse à sì:
y es desgracia del sugeto,
que aplicando un defensivo,
para dar vida al enfermo,
le desprecien la triaca,
y le apliquen el veneno.
Alex. Bien sabeis quanto os estimo.
Arist. Y vos sabeis lo que os quiero;
pero el gusto de un señor
es delicado instrumento.
Si os haveis de disgustar
del consejo, y de su dueño,
miradlo bien, porque yo
he de decir lo que siento:
Y porque templeis la ira,
si os disgustare, primero
este aviso quiero daros.
El consejo es un espejo
del sabio, miraos en èl,
y si no os parece bueno,
porque os hace mala cara,
el que le dexeis apruebo,
pero no que le quebreis;
que el que tiene algun defecto
en la vista, quando mira
al Cielo claro, y sereno,
con ser espejo del Mundo,
le parece mal el Cielo,
mas siempre le dexa sano
dentro del entendimiento.
Heme declarado? *Alex.* Si.
Arist. Pues decid.
Alex. Estadme atento:
Ya sabeis, que fui inclinado,
de mi heroico nacimiento,
à la guerra, y que segun
me inspira Jupiter Regio,
me anima mi corazon,
me califica mi esfuerzo,
y mi valor se acredita
con los vitales alientos.
Es poco ganar un Mundo,
yo juzgo que el Universo,
à mi grandeza, no hay duda,
le havrà de venir estrecho;
porque segun mi valor,
para que viva contento,
ò se ha de ensanchar el Orbe,
ò se ha de hacer otro nuevo,
porque este que està criado,
es para mì muy pequeño.
Arist. No passeis mas adelante:
esse militar aliento
es propio de vuestra sangre;
pero lo que os aconsejo,
que conserveis, si ganais:
que el conquistar los Imperios,
mas consiste en la fortuna,

que en la fuerza; el mantenerlos
en justicia, es el blason
Imperial del vencimiento,
por ser mejor no ganarlos,
que ganarlos, y perderlos.
Alex. Es verdad; pero decidme,
quien dirà que este ardimiento
bèlico, aqueste valor,
y este espiritu sobervio
se ha sujetado al amor?
Arist. Quien lo ha de decir? los mesmos
que os hicieron, essos Dioses,
que estàn en el Firmamento:
Venus os dà su calor:
luego amor infunde Venus?
Alex. Yo adoro à Octavia; mas ella,
que viene à verme sospecho,
y podrà impidir::- *Arist.* Oidme:
El Aguila nueva, el buelo
que dà primero, es salir
à gozar de su elemento.
El padre la và guiando,
y la llama desde lexos,
porque no pierda de vista
del dichoso nido el cerco.
Enamorase del Sol,
cebase en sus rayos bellos,
y calandose las plumas
sobre la esfera del viento,
por introducirse rayo,
toca la region del fuego.
Llamala el padre, mas ella,
por agotar el lucero,
ò no buelve, ò buelve tarde
à su verdadero centro.
Aguila nueva salìs
al ambito del govierno.
Yo, como padre, os aviso,
y os llamo con el consejo;
el sol de Octavia mirais,
sus rayos os tienen ciego,
siguiendo su estrella vais,
llamaros es perder tiempo.
En quanto privan los rayos,
no se admiten los conceptos:
Si bolvieredes al nido,
aqui teneis el Maestro;
si allà està la voluntad,
aqui està el entendimiento;
ò cegaos de todo punto,
ò no me pidais consejo,
que un espiritu no informa,
quando està sin vida un cuerpo. *Vase.*
Alex. Un Oraculo de Apolo
por Maestro me diò el Cielo;
pero donde reyna amor,
el Sabio no tiene imperio.

Salen Elena, y Octavia con un pañuelo en los ojos.

Octavia? mi bien? *Octav.* Señor?
Alex. Vos con llanto? què pesar
pudo al Cielo disgustar?
quien ha eclipsado el amor?
mi bien, què os ha sucedido?
Octav. Lo que es fuerza que sepais.
Alex. Por què, señora, llorais?
Octav. Señor, porque os he perdido.
Alex. Siendo mi amor inmortal,
perderme à mì no es possible.
Octav. Ser vuestra yo, es impossible.
Alex. Què decìs? *Octav.* Estoy mortal!
Alex. Quien se me puede oponer?
Octav. El ser yo tan desdichada.
Alex. No hay desdicha siendo amada;
vuestro soy, y lo he de ser:
quien os disgusta?
Octav. Un rigor.
Alex. Quien le fulmina?
Octav. Un pesar.
Alex. De donde nace?
Octav. De amar.
Alex. Quien lo executa?
Octav. Un traidor.
Alex. Contra quien?
Octav. Contra mi fè.
Alex. La causa?
Octav. Quereros yo.
Alex. Tengo yo la culpa? *Octav.* No.
Alex. Sabeis el autor? *Octav.* Si sè.
Alex. Pues habladme claramente,
sepa yo, divina Octavia,
quien os ofende, y me agravia.
Octav. Escuchadme atentamente:
Principe, y señor, querer
con finezas, y suspiros
referiros que os adoro,

que

que os idolatro, que vivo
en fè del amor que os tengo,
que os debo dulces cariños,
que anteponeis à la vida
los riesgos, y los peligros,
serà escusado, supuesto,
que entre dos que se han querido,
qualquiera encarecimiento
es hiperbole sucinto.
Dexo aparte las finezas,
passo por los peregrinos
favores con que me honrais:
supongo los alvedrios
en sola una voluntad,
no alabo los siempre vivos
afectos de nuestro amor,
que no es tiempo, dueño mio,
de traer à la memoria
pundonores tan divinos,
quando està el honor pidiendo
remedio contra el peligro.
Havrà seis horas, señor,
(con què pesares lo digo!
con què dolores lo siento!
y con què penas lo explico!)
que el Capitan de la Guardia,
de parte del Rey Filipo
vuestro padre, à quien los Dioses
concedan de vida un siglo,
llegò à mi quarto con seis
Capitanes escogidos
de la Guardia Macedonia,
y con secreto me dixo,
que entrasse en una carroza,
que me esperaba en el circo,
sin que diesse de mi ausencia,
ni de mi partida indicio.
Obedecile turbada,
sin poder daros aviso,
por estàr todos los passos
cerrados con los Ministros.
Entrè en la carroza, y dando,
con el secreto debido,
el Capitan à su gente
todo el orden por escrito,
los Pegasos boladores,
ligero parto del Nilo,
en menos de media hora,
à la puerta de un Castillo
me pusieron, rodeada
de cien Soldados Gelinos.
Por el fuerte Mauseolo
entrè, cuyo obscuro sitio,
al baxar un caracol,
de la muerte retorcido,
entendì que me llevaban
al sepulcro del abismo.
Salì à una quadra, señor,
cuyo dòrico edificio,
con un trono autorizaba
la magestad de su sitio.
Sentados en èl estaban
Numancio, Fabio, y Lisipo,
Sàtrapas de Macedonia,
y à su lado Federico,
de la Casa de mi padre
sangriento, y vil enemigo.
Aqui, dixo en altas voces,
viene Octavia, de Utelino
Duquesa, y de Macedonia
hermosissimo prodigio,
segunda Elena de Grecia,
pues tiene al Principe invicto
Alexandro, y successor
de nuestro sacro Filipo,
tan prendado, que desprecia
el sugeto peregrino
de Julia, hermosa Princesa
de los Imperios de Egipto.
La desigualdad es grande,
y si el Principe, vencido
de su belleza, se casa
(que es ignorancia decirlo)
con Octavia, nuestro Imperio
serà escandalo nocivo
de las gentes, y el remedio
mas eficàz, y preciso,
es, que muera Octavia: Aqui
los Jueces vengativos
me ordenaron, que dixesse,
si estaba por vos rendido
mi corazon, ò si vos
violentabais mi alvedrio.
Yo entonces (aqui, señor,
os pretendo agradecido,
os invoco generoso,

y os aclamo compafsivo.)
Yo entonces, digo, llevada
de lo mucho que os eftimo,
dixe: Sàtrapas de Grecia,
y de fu Imperio Miniftros,
no folo quiero, idolatro,
adoro, pretendo, figo
firme, amante, enamorada
à Alexandro; pero digo,
que los tormentos de Tebas,
las prifiones de Caìlo,
los cautiverios de Perfia,
las penas de los Afsirios,
los incendios de Caldèa,
y de Grecia los martirios,
no feràn todos baftantes
à facar del pecho mio
al Principe, à quien venero
por amante, por benigno,
por efpofo, y por feñor
de potencias, y fentidos.
No huve formado, feñor,
el ultimo acento fino,
quando faliò de una quadra
un rigorofo Miniftro
con un alfange en la mano,
cubierto el roftro atrevido.
Executa, dixo Fabio,
Prefidente vengativo
de aquel tirano Confejo,
nueftro decreto: en los figlos
no quede memoria, no,
de effe hermofo bafilifco.
En efte dolor, en efte
impenfado torbellino
de males, fe turbò todo
efte organizado vidrio,
latiò con intercadencias
el material edificio.
A eclipfe tocò la vifta,
à ruinas los fentidos,
à delirios las potencias,
y los delirios à juicio.
Adonde eftàs, Alexandro?
dixe con tiernos gemidos:
por tì muero, dulce dueño,
por tì me matan, bien mio,
y en las aras de tu amor
el alma te facrifico.
Aqui llegaba mi afecto,
quando de un culto retiro,
folio, que cubierto eftaba
de un roxo bolante Sirio,
el gran Monarca mayor
que veneraron los figlos
(vueftro padre) à quien el Orbe
aclama el jufto Filipo,
entre fevero, y piadofo,
entre jufticiero, y pio,
afiendome de la mano
(favor que anublò el fuplicio)
aqueftas breves razones,
con roftro grave me dixo:
Duquefa, efte horrible amago
de la muerte, que haveis vifto,
es de mi jufticia un rafgo,
y de vueftra ruina avifo.
La Princefa Julia, efpofa
es del Principe mi hijo,
vos eftorvais eftas bodas
contra el mandamiento mio.
El amor que le teneis
es conocido delirio:
el que os tiene, vanidad
de fu juventud, y vicio.
Tomad eftado, Duquefa,
à vueftra fangre debido,
y os darè efpofo tan noble,
que iguale al blafon antiguo
de vueftra Cafa: Alexandro,
de Julia ha de fer marido.
Si pretendeis el laurèl,
fi no ceffa efte cariño,
fi al Principe no olvidais,
fi dais à fu amor oìdos,
efta fentencia, efte horror,
efte amago, efte caftigo,
que folo tira à la enmienda,
y no executa el fuplicio,
por vida de mi Corona,
y de Alexandro, en quien miro
la fuccefsion de efte Imperio,
que feais vos un prodigio
de la muerte, un defengaño
de la hermofura del figlo,
fepultando vueftra Cafa,

vida,

vida, Estado, y Señorio,
en las sombras de la muerte,
ò en los Reynos del olvido.
Esto dixo, y con el orden,
secreto, guarda, y estilo
que me llevaron, bolvì
à Palacio à dar aviso
à vuestra Alteza, señor,
por quien muero, y por quien vivo.
Y supuesto que los hados
(ò quien no huviera nacido,
para articular aora
este rigoroso arbitrio!)
Supuesto, digo, que el Cielo
(no sè, mi bien, lo que digo)
que los inmortales Dioses,
de su solio cristalino
ordenan, quieren, decretan,
mandan (tiemblo de decirlo!)
que os goce Julia (què horror!)
que os pierda yo (què martirio!)
que me dexeis (què pesar!)
que me olvideis (què delirio!)
Viva la voz en el pecho,
y muerto en el alma el brio,
os pido, os suplico, os ruego,
si con vos han merecido
tantos años de finezas,
tantos dias de cariños,
que ameis à Julia, señor,
que os rindais à su alvedrio,
que su belleza adoreis.
Vuestro amor fue como el lirio,
flor que nace para ser
de las flores el martirio.
Julia os merece, señor,
ella es Princesa de Egipto,
dichosa, y yo desdichada,
segura, y yo con peligro.
Halle gracia en vuestros ojos,
y yo en los vuestros retiro;
ella prive, y caiga yo,
ella reyne sin olvido;
ella os goce, y yo lo llore,
halle premio, y yo castigo.
Ella naciò para amaros,
no deis disgusto à Filipo
vuestro padre, ni altereis
aquestos Reynos unidos.
Lo que fue ya se passò,
ya no serà lo que ha sido,
llevese el mar lo llorado,
el Fabonio los suspiros,
el Zefiro los requiebros,
y el olvido los cariños.
Mi bien, mi señor, mi amante,
todo el tiempo lo ha vencido:
casaos con Julia, señor,
que yo sola, sin alivio,
sin alma, sin vida, muerta,
sin amparo, sin auxilio,
perseguida, desdichada,
antes que os vea, bien mio,
arrullar en otros brazos,
assistir en otro nido,
vivir de otra voluntad,
y seguir otro destino,
darè mi vida à la muerte,
para que digan los siglos,
para que publique el Orbe,
para que sienta el abismo
la mas infelìz tragedia,
el mas estraño prodigio,
que vieron desde los Cielos,
Astros, Planetas, y Signos.
Alex. En todo el gusto ofendido,
en toda el alma agraviado,
con justa causa admirado,
y con mayor suspendido,
quedo, si, de haverte oìdo,
y sobre el dolor tirano,
el mas cruel, el mas vano,
y el mas ingrato tambien,
es decirme tù, mi bien,
que à Julia le dè la mano.
Todo lo que no es vivir
de tu amor, es ofender
la gravedad de mi sèr,
y es condenarme à morir.
El Rey no ha de permitir
con Cesario Señorio,
violentar el gusto mio,
dedicado à tu belleza,
que la suprema grandeza
no se opone al alvedrio.
Por los Dioses soberanos,
que

que aunque supiera perder
la vida::-
Octav. No, dueño mio,
muchos años la goceis;
mejor es que yo la pierda
por adoraros, pues es
el mayor blason quereros.
y el morir por vos despues.
Casaos con Julia, señor,
pues assi lo quiere el Rey,
tenga la razon su esfera,
la Mageſtad su dosel,
su pondonor la Corona,
su cumplimiento la ley,
el estado su lugar,
y su decoro el laurèl:
muera yo por infeliz.
Alex. Vos me aconsejais, mi bien,
que os pierda? *Octav.* Sì. *Llora.*
Alex. Vos decìs,
que à la Princesa le dè
la mano de esposo? Quando
haveis de ser mi muger,
vos con llanto me pedìs,
que à otra Dama quiera bien?
Octav. Sì, porque de otra manera
sè, gran señor, que os perdeis.
Alex. Pierdase la vida, acabe
la grandeza, y el poder,
mejor es, que no escuchar,
que con lagrimas llegueis
à decirme que me case
con otra, si os quiero bien,
con llanto pedìs mi muerte.
Octav. La vida os pido con èl,
y la razon es muy clara,
si la quereis entender.
Alex. De què forma?
Octav. No haveis visto
quando la tierra tal vez
està rebelde en casarse
con el mas florido mes,
que como es su amante el Cielo,
solo al Cielo quiere bien,
y que porque no peligre,
y pierda la hermosa tèz,
el Cielo (de compassivo)
la và alhagando cortès,
y que con llanto la ruega,
que no se venga à perder?
Pues assi yo, dulce dueño,
porque con Julia os caseis,
viendo que rebelde estais,
por ser conmigo tan fiel,
despido aqueste rocìo,
cuyo nevado tropèl
de lagrimas, derramadas
en favor de vuestra fè,
os conserven la grandeza,
y os afirmen el poder:
porque no hay oy en el mundo,
ni nunca lo pudo haver,
remedio mas aficàz
para ablandar de una vez
los humanos corazones,
que lagrimas de muger.
Sale Tabaco. Señor, que viene tu padre.
Alex. Què dices?
Tabaco. Que viene el Rey.
Elena. Con èl viene la Princesa.
Alex. Mi bien, yo os verè despues.
Octav. Està bien, el Cielo os guarde.
Alex. Yo, Duquesa, dispondrè::-
Octav. Què, señor?
Alex. Ser vuestro esposo.
Octav. Miradlo, señor, mas bien.
Alex. Què he de mirar, dueño mio,
quando el alma me teneis?
Octav. Dichosa yo, que merezco
tan sublimada merced:
Oìs, señor? *Alex.* Què mandais?
Octav. Que en fin, mi esposo sereis?
Alex. Duquesa, el alma::-
Tabaco. Acabemos,
que viene triunfando el Rey.
Elena. Y à su lado la Princesa.
Octav. Dios te guarde. *Vase.*
Alex. A Dios, mi bien. *Vase.*
Tabaco. Oyes, Elena.
Elena. Què quieres?
no me puedo detener.
Tabaco. En grande peligro estamos.
Elena. Tabaco, dime, por què?
Tabaco. Amiga, si se descubre,
como suele suceder,
que los dos havemos sido
del avito de pequè,
terceros, nos han de dàr

 dol-

doscientos en el embès.
Elena. Yo hermano, nunca he llevado
un papel, y otro papel
à mi ama, ni à tu amo.
Tabaco. Ama mia, yo no sè
sino que de noche andais
con el avito en los pies
de tercera. *Elena.* Quedo, quedo,
el jardin vos le teneis
cultivado à puro embuste.
Tabaco. Yo el jardinero serè;
mas vos ingerìs las plantas.
Elena. Mentis, infame.
Tabaco. Està bien:
no os hagais luego de pencas
quando con ellas os dèn. *Vanse.*
Salen el Rey Filipo, la Princesa Julia, y Aristoteles.
Rey. Vuestra Alteza, gran señora,
me diga su sentimiento.
Princ. Vuestro claro entendimiento
mi justa quexa no ignora.
A casarme, gran señor,
con el Principe he venido:
y es desaire conocido
de mi grandeza, y valor,
que heredando, como heredo,
por mi padre Julio Tito
el ser Princesa de Egipto,
heroico blason de Alfredo,
halle al Principe prendado,
con amor tan peregrino
de la Duquesa Utelino,
objeto de mi cuidado.
Sin dàr estado, señor,
à la Duquesa, serìa
poner la soberanìa
de mi esclarecido honor
à peligro de adquirir
un disgusto de por vida,
y à ser zelosa homicida
la magestad del vivir.
Y supuesto que la accion
es en mi naturaleza,
y que la misma grandeza
justifica mi passion:
dème vuestra Magestad
licencia para partirme,
adonde el honor confirme
su imperiosa gravedad:
que mas quiero padecer
duelo en el desprecio mio,
que un zeloso desvarìo,
cometa de mi poder:
que es oprobio conocido,
y no menos declarado,
venir à tomar estado
con esposo divertido:
que la ley del pundonor,
con decoro establecida,
manda, que toda una vida
viva con solo un amor.
Y si Alexandro porfia
en querer bien à esta Dama,
viviendo de agena llama,
y muriendo de la mia,
no me està bien adorar
à quien no me ha de querer,
que adorar, y aborrecer
es necedad singular.
Y assi, vuestra Magestad
apague este incendio Griego,
ò casese Octavia luego,
ò se me dè libertad:
que mas quiero generosa,
por conservar mi blason,
morir sin esta passion,
que vivir, y estàr zelosa.
Rey. Princesa, ya he prevenido,
para este daño presente,
el remedio conveniente:
ya Octavia tiene marido.
El Infante de Sidòn
Camilo, del Rey de Tiro
hijo, cuyo ingenio admiro
por su rara discrecion,
esposo serà de Octavia:
Aristoteles? *Arist.* Señor.
Rey. De esta eleccion, què sentis?
Arist. Acertada es la eleccion,
si vuestra rara prudencia
la executa sin rigor:
llamo sin rigor, mirando
con los ojos de la union
el tiempo mas conveniente
debido à la execucion:
porque hay tiempo en que no logra
la justicia, por velòz,

por activa, y rigurosa,
el alma de la razon.
Rey. Vos sois el primer Ministro
de mi Consejo: vos sois
mi mayor Privanza: sea
vuestro parecer el Sol
de esta amorosa tormenta.
Arist. Camilo viene, señor,
ofrecedle por esposa
à la Duquesa, que yo
os dirè mi sentimiento:
luego hablarèmos los dos.
Sale el Infante Camilo.
Rey. Infante, seais bien venido,
que ya os culpaba mi amor:
còmo os ha ido en la caza?
Infante. De este bosque Macedon
vengo, señor, à rendiros
las gracias del superior
afecto con que tratais,
quien para servir naciò
vuestra superior grandeza.
Rey. Camilo, obligado estoy
à los muchos beneficios,
que de Tiro, y de Sidòn
he recibido, y pretendo
(por debida obligacion)
casaros oy de mi mano:
La Duquesa Octavia es oy
de la Casa de Utelino
(sangre mia) nuevo sol:
esta mereceis, Camilo,
por su rara discrecion,
por su hermosura, y por ser
de Macedonia blason,
ser vuestra esposa.
Infante. Esto escucho, *ap.*
quando adorandola estoy,
sin que este secreto sepa
otro, que mi corazon!
Señor, por merced tan grande
à vuestras plantas estoy,
anteponiendo el afecto
à lo que puede la voz
articular; y pues llega
à decir el corazon
lo que ha tenido el silencio,
à la Duquesa adorò
el alma por simpatìa
de las estrellas, que son
inteligencias, que imponen
leyes à la inclinacion,
preceptos al alvedrìo,
y finezas al amor.
Rey. Dos bodas celebrarà
Macedonia con honor,
la vuestra, y la de Alexandro.
Princ. Quien sin ventura naciò, *ap.*
tarde su fortuna logra.
Arist. Octavia viene, señor,
conviene que la deis parte
de este concierto, que yo
dirè lo que me dictàre
la lealtad, y la razon.
Rey. Octavia?
Sale Octavia. Señor? *Rey.* No puede
humano poder violar
el decreto singular
de los Dioses, porque excede
aquel impulso divino
à nuestra misma passion.
El Infante de Sidòn
por esposo peregrino
os ofrece mi grandeza:
estimad vuestra ventura.
Princ. Merece vuestra hermosura
esta superior alteza.
Infante. Y serà inmortal en mì
este lazo superior,
como lo ha sido mi amor.
Octav. Què desgraciada que fui! *ap.*
Cielos, què escucho! Al Infante
por esposo me ofreceis?
Rey. Si, Octavia, vos mereceis
tener tan dichoso amante.
Princ. Què decìs?
Octav. Que fue mi estrella
alma del afecto mio,
pues impone à mi alvedrìo
leyes para merecella:
ay de mì! *Rey.* Bien se conoce,
Octavia, vuestra cordura.
Princ. La nobleza se assegura
quando al honor reconoce.
Rey. Grecia à un tiempo ha de lograr
dos casamientos, Duquesa,
el de Julia la Princesa,
y el vuestro. *Arist.* Si à executar

se llegan los dos, primero
se case con el Infante
la Duquesa: que à un amante
sirve de norte el lucero
que idolatra; y si le vè
en otra esfera eclipsado,
lo que fue vivo cuidado,
es desmayo de su fè.
Case Octavia, gran señor,
primero con el Infante:
este arbitrio es importante. *ap.*
Rey. Està bien. *Octav.* Sirva el dolor *ap.*
de apresurar à la vida
la muerte, pues la deseo.
Rey. Logrese nuestro trofeo.
Princ. Su passion es conocida.
Infante. Haga de mi dicha alarde
el corazon venturoso.
Princ. El Infante es vuestro esposo.
Octav. Què desdicha! el Cielo os guarde.
Vanse todos, y queda Octavia.
Aqui diò fin mi esperanza,
aqui mi vida acabò,
aqui muriò mi deseo,
y cessò mi pretension.
Era mia, claro està,
que havia de morir en flor.
Sale Alexandro.
Alex. Mi bien, Duquesa, què es esto?
sospecho que el Rey saliò
de esta quadra: huvo consulta
en agravio de mi amor?
què ordenò mi padre? *Octav.* Cielos,
matadme, no viva yo,
porque no es justo que viva
quien sin ventura naciò.
Alex. Què dices? *Octav.* Què he de decir,
querido dueño, y señor?
sino que con el Infante
mi desdicha me casò.
Alex. Quien lo ordenò?
Octav. Vuestro padre.
Alex. Es vana su pretension:
no es possible. *Octav.* No es possible?
Alex. No, mi bien, viviendo yo:
morirà el Infante, y quantos
se opusieren con rigor
à impidir nuestro deseo.
Octav. Prive, señor, la razon:
oponeros al decreto
de vuestro padre, y señor,
ni lo permite el decoro,
ni consiente el pundonor.
El casar con la Princesa
es debida obligacion,
por quien es, y porque el Cielo
assi, mi bien, lo ordenò:
revocar este decreto,
no es possible. *Alex.* Què rigor!
quereis que me case? *Octav.* Sì.
Alex. Gustais que me case? *Octav.* No.
Alex. Declaradme aqueste enigma.
Octav. El alma le declarò:
No haveis visto, que tal vez,
al castigar con rigor
la madrastra à un niño tierno,
articùla con la voz
el nombre de madre, siendo,
por redimir el dolor,
ò malicia de la boca,
ò arbitrio del corazon?
Pues assi, yo, como veo,
que en esta costosa union
corre peligro la vida,
digo que os caseis, señor.
Pero què viene à importar
en tan penosa ocasion,
que la boca diga sì,
si el alma dice, que no?
Alex. Duquesa, si pretendeis
que muera, decidme vos,
que la dè à Julia la mano,
para que diga mi amor,
viendo que vuestro cariño
en olvido se bolviò:
Para què es, amor tirano,
tanta flecha, y tanto sol?
Y duplicando los ruegos
repita de nuevo yo:
Tanta municion de rayos,
y tanto severo harpòn
bolved, señora, la aljava,
pues veis que tan muerto estoy.
Octav. Si reparais, dueño mio,
en mi zelosa passion,
yo podrè decir, notando
de la Princesa el rigor,
de vuestro padre el poder,

(pues

(pues ſon contra mi opinion)
para quien no ſe defiende
baſtaba fuerza menor.

Alex. Y yo què dirè, mi bien,
oyendo con tierna voz
decir à la que venero
(como à Deidad ſuperior)
que la dexe, y que me caſe?
Eſto dice quien amò?
eſto eſcucha quien adora?
Pues en eſta opoſicion,
en eſta horrible ſentencia
(que mi eſtrella fulminò)
no baſtaban de unos ojos
el venenoſo rigor,
ſino flechas de buen aire,
y rayos de condicion?

Octav. Què decìs, Principe invicto?
aſsi agravais mi valor?
aſsi caſtigais mi fè?
y aſsi negais el amor,
que ſe debe por derecho
à fè, que nunca mintiò?
Yo no amaros? (què locura!)
yo faltaros? (què dolor!)
vivir ſin vos? (què ignorancia!)
olvidaros? (què traicion!)
ſi no olvida quien bien ama,
còmo puedo olvidar yo?

Alex. Pues por què, hermoſa Duqueſa,
me pedìs con llanto vos,
que caſe con la Princeſa?
por què irritais mi valor?
por què deſpreciais mi afecto,
y mi firme inclinacion,
ſabiendo que vueſtros ojos
mi culpa, y diſculpa ſon,
y que fueron ſus dos luces,
en competencia del Sol,
dulciſsimo laberinto
del que en ellos ſe perdiò?

Octav. Por què, mi bien? porque en eſta
atrevida opoſicion,
en eſta adverſa fortuna,
aunque muera mi opinion,
aunque lo ſienta mi fama,
y lo murmure mi honor,
dulcemente apetecida
idolatro una paſsion;
y como por ella muero,
os ruego que ameis, ſeñor,
por eſpoſa à la Princeſa,
aunque os engañe la voz,
que no es pequeña locura,
pues no la diſculpa amor.

Alex. Antes morirè primero,
que la dè la mano yo.

Octav. Rayos en nublado arroja
vueſtro padre. *Alex.* No obſervò
mi alvedrìo entre las leyes
ſeveras del ciego Dios,
del enojado Planeta
la dura conſtelacion.

Octav. Pues mirad, que nos anuncia,
deſde la Eſtrella menor,
haſta el Lucero mas grave,
ſevera diſpoſicion.

Alex. De las injurias del tiempo,
ſi recatandome voy,
ya anticipa la prudencia,
advertida prevencion.
Y vos, de mi vida impulſo,
que con negros rayos dos
haceis al Sol, y à la Luna
afrentoſa emulacion,
no temais, aunque ſe oponga
el Conſejo ſuperior
de Grecia à nueſtros amores,
que he de caſarme con vos.

Octav. Pues diſponed de mi vida.

Alex. Eſſa idolatra mi amor.

Octav. La vueſtra es ſol de la mia,
y luz de mi corazon.

Alex. Airoſiſsimo peligro::-

Octav. Querido eſpoſo, y ſeñor::-

Alex. Menoſprecio de la vida::-

Octav. Alma de la eſtimacion::-

Alex. Permitid, que las cadenas,
que tan puro amor forjò::-

Los dos. Ni ſe les atreva el tiempo,
ni la deſeſperacion.

JORNADA SEGUNDA.

Sa'en Octavia, y Elena.

Elena. Haſta quando, gran ſeñora,
el llanto te ha de durar?

dexe

dexe un poco de imitar
al Alva tu hermosa aurora.
Octav. Estas que destila, y llora.
lagrimas del alma son,
Elena, con la passion
de mi entierro verdadero,
luces que alumbran primero
mi difunto corazon.
Ojos, llorad, pues que vais
aquesta noche à morir,
para què quereis vivir,
si tan mal os empleais?
Si con el Infante dais
la muerte à todo un amor,
vestid de negro al dolor,
que en este precepto justo,
siempre el casar à disgusto,
ha sido el luto mayor.
Elena. Con el Infante esta noche
te has de casar? *Sale Tabaco.*
Tabaco. Donde voy?
està la Duquesa aquì?
Octav. No te turbes, aqui estoy:
què traes, Tabaco? *Tabaco.* Señora,
el Principe mi señor,
sabiendo que soy criado
en la tercera region,
y que puedo, si yo quiero,
llevar un villete al Sol,
me ordenò, que con secreto
(esse no le dirè yo)
que te diesse este papel
sin ninguna dilacion,
porque importaba no menos,
que la vida, y el honor.
El papel es este; y porque
encontrè al Emperador
Filipo, que guarde el Cielo,
con su cara de Leon,
y temo que si nos vè
en este quarto à los dos,
haga de camino quatro
con mi persona, me voy
sin respuesta, porque Julia
me ha prometido un jubon
con doscientos alamares,
vergonzosa guarnicion,
y quiero hacerme de pencas
à pie, y à cavallo no.
Octav. Espera, Tabaco. *Tabaco.* Pienso,
que soy Tabaco de olor,
y quisiera serlo de humo
en esta ocasion; à Dios. *Vase.*
Elena. Abre, señora, el papel,
que aunque mudo, tiene voz.
Abre, y lee.
Octav. Dice assi: Si en el sarao,
que por ley de Grecia al Sol
en sacrificio se ofrece,
primero que el ciego amor
ate con una lazada
uno, y otro corazon,
te mandàre el Rey, que dès
al Infante de Sidòn
la mano, responde, Octavia,
como soy tu esposo yo,
que aunque se pierda esta noche
Macedonia, con valor
sabrè morir, ò vencer.
Tu esposo Alexandro. A Dios.
Elena. Guarda, señora, el papel,
que la Nobleza mayor
de Grecia acude à Palacio,
y el Rey con la ostentacion
mayor, que vieron los Orbes,
à su lado el de Sidòn:
Alexandro, y la Princesa
delante, zelando al Sol,
vienen à esta quadra. *Octav.* Cielos,
concededme con valor,
ò la vida en Alexandro,
ò sin èl, para blason
de mi honor, y mi fineza
la muerte, pues fue mayor
trofeo perder la vida,
que vivir sin gusto. *Elena.* Yo
sospecho, que aquesta noche
se desquaderna, en rigor,
à los impulsos de Marte,
todo el libro del amor.
Tocan caxas, y clarines, y salen Aristoteles, el Rey, la Princesa, el Infante, el Principe, el Mariscal, y Damas, y sientanse todos por su orden à los lados para empezar el sarao.
Arist. Si Jupiter soberano
no ampara con su poder
à Grecia, se ha de perder

con este incendio Troyano.

Rey. La mayor felicidad,
aunque lo sienta el amor,
es sustentar con valor
la ley de la Magestad.

Princ. El Principe, con disgusto,
mal dissimula sus zelos,
yo mis penas, y recelos,
y Octavia su poco gusto.

Infante. La divina honestidad
de la Duquesa, assegura
su grandeza, y mi ventura,
efectos de su Deidad.

Alex. Aunque le pese al poder
de esta Regia Monarquia,
ha de ser Octavia mia,
ò la vida he de perder.

Octav. Aunque la suerte homicida
se oponga à mi señorìo,
ò Alexandro ha de ser mio,
ò yo he de perder la vida.

Arist. Aqui ha de obrar la prudencia.

Rey. Aqui el poder ha de obrar.

Octav. Todo consiste en amar.

Alex. Con el amor no hay violencia.

Infante. Quien mi dicha ha de impedir?

Princ. Quien se me puede oponer?

Alex. Amor, morir, ò vencer.

Octav. Amor, vencer, ò morir,
y mejor arbitrio es,
pues el amor me le dà;
pero el efecto dirà
lo que se verà despues.

Rey. Nobles de Grecia, alentad
este lazo superior
con el festivo primor,
debido à la Magestad.
Cumplid con zelo dichoso
el sarao, porque el Infante,
como verdadero amante,
la dè la mano de esposo
à la Duquesa: esta ley,
por Apolo establecida,
y de Grecia recibida,
oy confirma vuestro Rey.
Haga Lidoro la salva
al Sol de este casamiento.

Lidoro. Tu divino mandamiento
es la luz, saludo al Alva.

Despues de haverse sentado los Reyes en sus sillas, y las Damas en su estrado, empieza Lidoro el sarao con una Dama, haciendoles antes reverencia à los Reyes, y en dexandose èl, prosigue el sarao de dos en dos, hasta que danzando el Infante con Octavia, ella dexa caer el papel de Alexandro, el Infante le alza, y hacense cortesia uno à otro, y en tanto que èl le lee, danzan otros dos, y se concluye el sarao.

Music. A las bodas felices, que el Cielo
con Venus, y Adonis celebra gentil,
en el Solio sagrado de Delo
compiten à luces el Mayo, y Abril.
Las Deidades de Grecia dichosas,
que brillan luceros, y giran centellas,
con finezas del alma amorosas,
repiten Auroras, y lucen Estrellas.
Las mudanzas, que firmes abrazan
en coros alados bolantes cometas,
estaciones se juran de regios Planetas,
adonde las almas se tocan perfectas.

Infante. Suplico à tu Magestad
cesse el sarao, porque tengo
(ay de mì!) que hablarte à solas.

Arist. El Infante alzò del suelo
un papel de la Duquesa.

Rey. Alguna desdicha temo.

Alex. Què hiciste, mi bien? *Octav.* Señor,
valerme de tu precepto:
tu papel leyò el Infante.

Alex. Cordura fue de tu ingenio.

Princ. La que naciò sin ventura,
arò el mar, y sembrò el viento.

Rey. Quedemos solos; no os vais,
Aristoteles, que creo,
que os he menester aquì.

Quedan el Rey, el Infante, y Aristoteles.

Arist. Gran señor, ya os obedezco.

Rey. Ya estamos solos, Infante,
decid vuestro sentimiento.

Infante. No puedo decirlo yo,
que es ofender mi respeto:
Solo os digo, que mi honor
es Sol de mi nacimiento,
à quien no eclipsaron nunca
los nublados del desprecio.
A la Duquesa Utelino
(fuesse descuido secreto,

ò cuidado de ſu amor,
que ſerìa lo mas cierto)
ſe le cayò eſte papel
de Alexandro, cuyo empeño,
en ſu valor es fineza,
y en mi altivèz ſerà duelo.
Leedle, y vereis por èl
ſu firme amor, y mis zelos,
ſu atrevimiento, y mi agravio,
ſu intencion, y mi concepto.
Antes de haverme empeñado,
fuera mas juſto leerlo;
pero aora ſolo pide
eſte peligro el remedio.
Para con vos eſto baſta,
de vueſtra Caſa ſoy deudo;
ſi Principe es Alexandro,
y heredero de eſte Imperio,
Infante ſoy de Sidòn,
bolved por mi honor os ruego,
y moderad de Alexandro
aquel impetu ſobervio,
que hombres como yo, no ſufren
tan ciegos arrojamientos,
que ſi me excede en Provincias,
le igualo en el nacimiento. *Vaſe.*
Ariſt. Siempre temì, gran ſeñor,
de aquel amor eſte fuego,
de aquella cauſa eſte rayo,
y de aquel fuego eſte incendio.
Rey. Llamadme luego à Alexandro.
Ariſt. El viene aqui, à lo que entiendo:
habladle ſin aſpereza.

Sale Alexandro.

Rey. Vueſtro parecer apruebo:
Alexandro, ſin paſsion,
es vueſtro aqueſte papel?
Alex. Todo quanto dice en èl
eſcribiò mi corazon.
Rey. Sabeis que al Infante dì
à Octavia? *Alex.* Yo ſoy ſu amante,
y no he de dar al Infante
lo que quiero para mì.
Rey. Què decìs? *Alex.* Que la Duqueſa
de Urelino generoſa,
ſi vos guſtais, es mi eſpoſa.
Rey. Vueſtra eſpoſa es la Princeſa.
Alex. Aunque à la obediencia ajuſto
las leyes de mi valor,
no haveis de mandar, ſeñor,
que yo me caſe à diſguſto.
Rey. Vos quereis por la Duqueſa
perder un Reyno triunfante?
Alex. Yo ſe le doy al Infante,
y caſe con la Princeſa.
Rey. Con liberales miſterios
dais lo que el valor ganò.
Alex. En quanto viviere yo
no me han de faltar Imperios.
Rey. En què lo fundais? *Alex.* Lo fundo
en que aqueſta Monarquìa
es para mi valentìa
un ſolo jardin del mundo.
Eſte de muy buena gana
doy al Infante con guſto,
porque al primero diſguſto
ſe le quitarè mañana.
Y no os admire lo adverſo
de la fortuna, que obrando
con valor, eſtà temblando
de mi eſpada el Univerſo.
Y ſi he de ganar triunfante
el Orbe, en quien me retrato,
no es mucho, que de barato
à Grecia le dè al Infante.
Rey. Pues còmo vueſtro valor
al amor ſe ha ſujetado?
Alex. Porque nunca es buen Soldado
el que no ha tenido amor:
y ſi yo no le tuviera,
no me pudiera alentar
à vencer, y à conquiſtar
toda la redonda esfera;
y es mi razon evidente,
y mi argumento acertado,
que al mas timido ha enſeñado
el amor à ſer valiente.
Ariſt. Haced del amor alarde,
y prudencia del valor,
porque eſte juicio, ſeñor,
ſe ha de deducir muy tarde.
Gran ſeñor, la voluntad
es esfera del honor,
y no ſe rinde al amor
la ſuprema Mageſtad:
que aunque es acto indiferente
el uſar mal del poder,
es claramente ofender

lo grave del accidente.
Querer bien, serà virtud,
quando el propio sentimiento
no ofende al entendimiento,
desluciendo la virtud.
Amor no hace Monarquìas,
antes por èl se perdieron.
Alex. Los que amaron, no admitieron
sutiles Filosofias.
Arist. Amar por inclinacion,
no es amar para ofender.
Alex. Quien os dixo, que el querer
no es alma de la razon?
Arist. Seràlo, quando la fama
no encuentra algun perjuicio.
Alex. Nunca se pierde el juicio
por querer bien à su Dama.
Arist. La mediocridad del sèr,
es amar con perfeccion,
por la luz de la razon.
Alex. Esso no puedo entender:
decidme, si estoy prendado,
no he de amar, y porfiar?
Arist. No señor, no haveis de amar
contra la razon de estado.
Alex. Si os quitarades los años,
y tuvierais mi pasion,
vos mudarais de opinion.
Arist. Saben mal los desengaños.
Rey. Baste, Alexandro. *Arist.* Señor,
si el enojo no templais,
à vos mismo os agraviais,
mirad que es ciego el Amor.
Rey. Què medio tomar se puede
en un negocio tan grave?
Arist. Lo que os puedo assegurar,
que en quanto no se ausentàre
el Principe de la Corte,
no es posible que se aparte
de su amor. *Rey.* Muy bien decìs;
pero no quiere ausentarse.
Arist. Yo os dirè, en estando solos,
de què suerte serà facil,
y por aora conviene
alguna esperanza darle
de que ha de ser la Duquesa
su esposa: porque quitarle
con rigor de este cariño,
es alentar nuevos males,
y poner à pique el Reyno
de perderse, ù de alterarse.
Rey. Y si el Infante pretende
lo mismo? *Arist.* Sepa el Infante
de que tratais, que se ausente
Alexandro, porque case
al punto con la Duquesa,
con que templarà al instante
su pasion, y sus recelos.
Rey. Vos sois politico grande,
y en todo vuestro consejo
he de seguir. *Arist.* Dios os guarde.
Rey. Alexandro, aunque pudiera
vuestra altivèz disgustarme,
reparo que sois mi hijo;
y asi, con amor de padre
procuro vuestros aumentos:
Aristoteles, que sabe
la naturaleza vuestra,
me aconseja, que os ampare,
y que si fuere posible,
que con la Duquesa os case.
Alex. Es mi Maestro, señor,
tengolo en lugar de padre.
Rey. No os doy palabra, ni puedo,
hasta saber del Infante
el estado de su amor:
solo os digo, que repare
vuestra juventud briosa,
que es el secreto importante
para lo que se pretende:
Y no es bien que se declare,
y que à la Princesa Julia,
como si fuerais su amante,
por razon de estado ameis,
que yo zelarè constante
vuestra fè, porque veais
logrado un amor tan grande.
Echase à los pies del Rey.
Alex. A vuestras plantas, señor,
teneis esta viva imagen
de amor, y obediencia. *Rey.* Alzad,
Alexandro: el Cielo os guarde.
Vanse los dos, y sale la Princesa al paño.
Princ. Aqui està el Principe: honor,
pues sois zeloso Juez,
salgamos oy de una vez
de este mal pagado amor. *Sale.*
Alex. Aqui viene la Princesa, ap.

quiero hacer que no la he visto.
Princ. En vano el pesar resisto.
Alex. Voy à hablar con la Duquesa.
Princ. Alexandro? *Alex.* Gran señora?
Princ. A solas os quiero hablar:,
sentaos, y mi sentimiento,
como Principe escuchad.
No he de cansaros, sabiendo,
que està sin gusto un galàn
con Dama que no ha querido:
yo serè breve, sin dar
que decir al corazon,
ni al alma que sospechar.
Vine à casarme con vos
havrà seis meses, y mas
(años para mi decoro,
siglos para mi deidad,
para mi entereza agravios,
si yo me puedo agraviar.)
Prendado os hallè, señor
(que no lo podeis negar)
de la Duquesa Utelino,
dissimulè mi pesar
hasta aora, por vencer
tan grande dificultad,
con no darme por sentida,
que en llegando à declarar
una muger como yo
sus zelos, la magestad
del cielo de su grandeza
se desliza, si no cay.
Yo en efecto no pretendo,
que por fuerza me querais,
que fuera en vos ignorancia,
lo que en mì temeridad;
ni quiero que por estado
(el arrojo perdonad)
os caseis conmigo, siendo
este amor sin igualdad;
porque tener yo marido,
y Octavia tener galàn,
es infamia de la vida,
y oprobio de la amistad,
que las leyes del honor
escritas con alma estàn
en el libro de la honra,
y no se rompen jamàs.
Ultimamente pretendo,
que me hableis con claridad:
quien à mì me ha de querer,
ni aun al Sol ha de mirar.
Si vos teneis alvedrìo,
yo tengo mi libertad,
no engañeis mi desengaño,
porque à vos os engañais.
Si à la Duquesa quereis,
con ella os podeis casar,
y no conmigo, que yo
no quiero amor al quitar.
Solos estamos los dos,
este enigma desatad,
habladme como quien sois,
sin engaño, ni disfràz,
que entre zelos, y desdenes,
si me decìs la verdad,
vos vereis si os està bien,
como à mì no me estè mal,
que yo tengo entendimiento,
y vos tendreis voluntad.
Alex. Pues hablò tan claramente, *ap.*
mi padre ha de perdonar;
yo no he de engañar à nadie,
que la mayor falsedad,
que hace un galàn quando quiere
à una Dama, es engañar
à otra con el pretexto
de que no la quiere mal.
Al paño Octavia.
Octav. Con Julia el Principe! quiero
lo que tratan escuchar.
Alex. Señora, lo soberano
de vuestra sacra Deidad
merece el laurèl del mundo;
pero como siempre està
nuestro espiritu pendiente
del impulso celestial
de los Dioses, nuestras almas
son virtud de aquel imàn.
Antes de veros, Princesa
(mi locura perdonad)
vì à la Duquesa Utelino:
necedad parecerà,
supuesto que la haveis visto,
el quererla yo pintar,
porque delante del Sol
(aunque ella es Sol oriental)
no es justo que brillen rayos
de enemiga potestad;

porque Dama que desea,
que la festeje un galàn,
sabiendo que quiere à otra,
aunque sea una Deidad
la primera, à la segunda
le ha de parecer muy mal.
Y supuesto que yo sè,
que os tengo de disgustar,
passo el retrato en silencio,
y voy al original.
Digo, pues, que à la Duquesa,
con tan firme magestad
la dì el alma; pero aqui
delito de amor serà
dar que sentir à la vuestra,
porque en esta singular
fineza, con que pretendo
encarecer mi lealtad,
mi cariño, y mi deseo,
parecerà vanidad,
que yo lo diga sin alma,
quando ella la tiene allà.
Yo, en efecto, estoy prendado
de esta divina beldad,
y por esposa en el alma
està recibida yà.
Yo quisiera, hermosa Julia,
con el Laurèl Imperial
de essos Orbes cristalinos
vuestras sienes coronar;
pero si el hado ha querido,
que Octavia venga à reynar,
sujetando mi alvedrìo
su belleza celestial:
perdonad el desengaño,
que à vos no os puede faltar
un Principe que os adore
con fineza, y con lealtad.
Y supuesto, que os he dicho
sin embozo, ni disfràz,
que adoro à Octavia, y que nunca
la he de poder olvidar,
el Cielo, señora, os guarde
los años que deseais,
para gloria del Imperio,
y honor de la Magestad. *Vase.*
Octav. Bien haya tu vida amen;
hay mayor felicidad! *Sale.*
Princ. Quedamos buenos, Amor!
Octav. Princesa, señora? *Princ.* Hay mas
tormentos, Cielos! *Octav.* Parece,
que con disgusto os hallais;
què teneis? *Princ.* Nada; yo muero:
què desdicha! *Octav.* No me hablais?
Princ. Dios os guarde: Para quando,
Cielos, mi muerte guardais?
muriendome voy de zelos,
rabiando voy de pesar. *Vase.*
Octav. Declaròse; pero quando
no se declaran los zelos,
pues hasta los mismos Cielos
sienten quando estàn amando?
Sale el Infante. Aqui la Duquesa està;
si el honor es lo primero,
sepamos si vivo, ò muero.
Vuecelencia bien podrà
condenar mi atrevimiento,
pero no la generosa
voluntad con que venero
sus virtudes poderosas.
Octav. Què me manda vuestra Alteza?
Infante. Suplicola que me oiga,
pues le debe à mis finezas
atenciones milagrosas.
Su Magestad (que Dios guarde)
à quien debo tantas honras,
me ofreciò vuestra hermosura,
como sabeis, por esposa.
Otorgò mi voluntad,
que quando un amante adora,
ha menester pocos ruegos,
si su esperanza se logra.
En el sarao esta tarde,
con descuido, cuidadosa
me arrojasteis un papel,
saeta tan rigorosa,
que diò veneno à la vista,
y delirio à la memoria.
En èl os dice Alexandro,
que à pesar del Asia toda,
haveis de ser su muger:
yo vengo à saber, señora,
si este lazo superior
vuestro corazon otorga:
porque si es de parte suya,
y no de la vuestra, goza
con el desengaño el alma
la seguridad que ignora.

Esto pretendo saber,
porque pueda el alma sola,
ò vivir con el favor,
ò morir con la lisonja:
porque en tan grave peligro,
es confianza costosa
ignorar un desengaño,
y alhagar una deshonra.

Al paño Alexandro.

Alex. El Infante, y la Duquesa
hablando los dos à solas!
escuchemos lo que tratan.

Octav. Que vuestra Alteza me oiga
le suplico, pues es justo,
que yo cortès le responda.
Y pues su noble accidente
con todo un desprecio lucha,
dirè mucho, si me escucha,
y todo muy brevemente.
Que yo idolatro à Alexandro,
y que èl me adora tambien,
no es necessario decirlo,
pues se lo dixo el papel
que leyò, cuyos renglones
con el alma venerè.
El intento de arrojarle,
como se vido à sus pies,
fue porque haciendo mudanzas
en el sarao, ya se vè,
no imaginasse que yo
las hacia por querer
casarme con vuestra Alteza,
pues nunca lo imaginè:
Que como yo no podia
de palabra responder,
le respondì por escrito;
que si en los festines es
el baylar hacer mudanzas,
à mi dueño no agraviè,
que como danzaba firme
el alma con buena fè,
eran con vos las mudanzas,
y las firmezas con èl.
Bien sè, que este desengaño
no dexa de ser cruel
para quien està prendado,
como vos, en querer bien;
pero si yo tengo amor,
y el amor no tiene ley,
y yo por ley de razon
amo al Principe, no es
sino noble el desengaño,
que desengaña cortès,
porque yo no puedo amar
lo que no puedo querer:
Que como està el corazon
prendado, como se vè,
de Alexandro, y Alexandro
es su dueño, y lo ha de ser,
no se ha de admirar ninguno,
que en este pleyto fiel,
mi corazon, de justicia,
lleve una vida de Rey.
Que vuestra Alteza merece
el soberano laurèl
del mundo, nadie lo ignora;
y que puede pretender
la deidad de la hermosura,
siempre lo confessarè;
pero decirme, que siga
del Rey la forzosa ley,
ni lo permite mi amor,
ni lo consiente mi fè.
Ser su esposa, no es possible,
quererle, no puede ser;
que tengo esposo, es seguro;
que me quiere, yo lo sè.
El morirà por mi amor,
yo por su amor morirè;
Julia no tiene lugar,
el Rey se cansa tambien.
Y supuesto, que este amor
ha de tener mas poder,
pues estoy determinada
à morir siempre por èl,
no se canse vuestra Alteza
en amar, ni pretender;
que Alexandro es mi marido,
y yo he de ser su muger.
Y con esto à Dios se quede,
que yo siempre rogarè
al Cielo le dè la vida,
que su Reyno ha menester,
para gloria del Imperio,
y pundonor del laurèl:
suplicandole que diga,
pues es discreto, y cortès,
porque alivie, como cuerdo,

su

su pasion, y mi desdèn:
Arded, corazon, arded,
que yo no os puedo valer. *Vase.*
Alex. Con valor le respondiò
la Duquesa. *Infante.* Yo he quedado
zeloso, y desesperado;
mas quando no lo quedò
quien ama, y està prendado
de belleza semejante?
viven los Dioses::-
Alex. Infante? *Sale.*
Infante. Alexandro?
Alex. Su cuidado *ap.*
es alma de su disgusto:
estais triste, què teneis?
Infante. Con la merced que me haceis,
nunca puedo estàr con gusto.
Alex. No os entiendo. *Infant.* Mi pasion
muy bien se dexa entender.
Alex. Essa pretendo saber.
Infante. No es esta buena ocasion;
vos la sabreis algun dia.
Alex. Haced del valor alarde,
porque para luego es tarde.
Infante. No es tiempo, ni yo podria
anteponer un pesar,
que me ha dado un desengaño,
hasta remediar el daño.
Alex. No lo podreis remediar.
Infante. La palabra que me diò
el Rey, me la cumplirà.
Alex. De su parte bien podrà,
pero de la mia no.
Infante. La ley de la Magestad
es el alma de la ley.
Alex. Essa voluntad del Rey
pende de otra voluntad.
Infante. Pues miràralo primero
antes de havermela dado.
Alex. El prometiò por estado.
Infante. Esse estado es el que quiero,
porque quedarè muy mal,
si no logro con efecto
su palabra, y mi concepto.
Alex. Es concepto desigual.
Infante. Còmo desigual? *Alex.* Infante,
hablemos claro: yo quiero,
amo, idolatro, venero,
como verdadero amante,
à la Duquesa, y por ella
vida, estado, poderìo,
sèr, Imperio, Señorìo
perderè por defendella:
y la Magestad, la ley,
el estado, la potencia,
la justicia, la violencia,
y todo el poder del Rey,
pues la tengo merecida,
no me han de poder vencer,
porque mi esposa ha de ser,
ò yo he de perder la vida.
Infante. Pues yo solo por mi honor
à esse estado me prefiero.
Alex. Sabrè mataros primero.
Empuñan las espadas, y salen el Rey, y Aristoteles.
Rey. Què es esto? *Alex.* Nada, señor.
Arist. No hay que examinar el daño,
sino poner por efecto,
como Principe perfecto,
aquel politico engaño,
à quien por ley general
llaman, con suma destreza,
segunda naturaleza
del dominio natural.
Rey. Alexandro? *Alex.* Gran señor?
Rey. Retiraos à vuestro quarto.
Alex. Vuestro gusto es mi obediencia. *Vase.*
Rey. Y vos, hasta que Alexandro
salga de la Corte, estad
en el vuestro retirado,
que yo sabrè, como Rey,
la palabra que os he dado
cumplir, mirando, Camilo,
por vuestro honor: retiraos.
Infante. Como à dueño os obedezco,
y como à Rey soberano. *Vase.*
Rey. En fin, quereis que à Polonia,
que tiene el Persa cercado,
alce el cerco, pues sabiendo,
que se retirò Alexandro,
se ausentarà de la Corte,
duelo haciendo del agravio?
este es el fin? *Arist.* Si señor,
por la parte que el Persiano
confina con vuestro Imperio,
se retire, que este daño
se remediarà despues.

Rey. Este arbitrio que haveis dado
para que Alexandro olvide
à Octavia, si no me engaño,
es contingente. *Arist.* Señor,
lo que yo tengo estudiado
aprobarà quien huviere,
como Filosofo sabio,
estudiado en las Escuelas.
Rey. Executad todo quanto
os dictare vuestro ingenio.
Arist. Gran señor, yo tengo dado
las ordenes convenientes,
solo falta executarlo,
y lo que conviene oìd:
Ya sabeis, que cumple años
oy el Principe, y que Grecia,
al combite celebrado,
que en publico vuestro hijo
hace, señor, en Palacio,
con todo lo noble asiste;
y que por festejo raro,
las Damas, y las Princesas
con magestad, y aparato
le traen de Marte trofeos,
significando este lauro,
que Venus, y Marte son
dos Planetas concertados,
que con la vista del uno
el otro ostenta milagros.
Y supuesto que este dia,
para el arbitrio que he dado,
es tan importante, vos
al Templo de Marte sacro
podreis ir, para bolver
quando fuere tiempo. *Rey.* Vamos,
que pues vos decìs que importa
el aumento del Estado,
es justo que se execute.
Arist. Sois Principe soberano,
y à los que quieren ser doctos
favoreceis como sabio. *Vanse.*

Salen à poner la mesa Criados, Tabaco, y Elena.

Tabaco. Quando, Elena, cumplìs años?
Elena. Aun no los tengo medidos.
Tabaco. Tienes quarenta cumplidos?
no me trates con engaños.
Elena. Aun no he visto sacamuelas
en mi boca. *Tabaco.* Esso es verdad,
las mugeres de su edad
siempre buscan saca abuelas.
Elena. No es mi cara muy perfecta?
Tabaco. Todas os poneis con vela,
sobre la cara de abuela,
cada dia cara nieta.
Elena. Infame, dime, mi cara
no sale doncella, y limpia
del tocador? *Tabaco.* No te acuerdas
quando te hice una visita,
y te hallè con treinta botes,
veinte y quatro redomillas,
tres villetes de Guadix,
seis garrafas, y una arquilla,
que te daban à la mano
barro de alguna piscina,
necessaria providencia
de los cienos de Turquìa?
Y que sacando Albayaldes,
Moro blanco de Buxìa,
Albañil de chimenèas,
unas negras, y otras tintas,
te enjalvegaste la cara,
y al cubrirla por encima,
dixo el rostro, buenas noches,
por no decir buenos dias?
Y que luego saliò à plaza
el sebo, la trementina,
el buen arrebol sin Sol,
la mostaza, las lanillas,
la hiel de baca, el piñon,
el azucar, el acibar,
los cetrinos, y los matas,
los limoncillos, las guindas,
el vinagrillo, los huevos,
las almendras, las pepitas,
el alcanfor, el carnero,
avenate, cebadilla,
orugas, adormideras,
raìz de lirio, neguilla,
gallina prieta, miel virgen,
datiles de Berberìa,
cebollitas de azucena,
vinagre taragontina,
y que de verte con tantas
infernales sabandijas,
tocaron à descomer
el estomago, y las tripas?
dime que miento. *Elena.* Villano::-

Tabaco. Calla, que el mundo se cifra
en solos veinte y dos años,
que tiene aora de vida
Alexandro, y toda Grecia
à verle comer combida
los oìdos à las voces,
las grandezas à la vista.

Tocan los Musicos, y salen el Principe, Aristoteles, y acompañamiento; sientase el Principe à comer, y cantan los Musicos.

Musica. A los años de Alexandro,
que siglos felices sean,
coronando està de luces
el Dios de la quarta esfera.
Arist. En tan venturoso dia
debe, señor, vuestra Alteza
hacer mercedes. *Alex.* Cantad.
Music. Mudemos de tono, y letra.
Cantan. A la hermosura de Octavia
saludaba el claro Sol
con el clarin de sus rayos
divinas flechas de amor.
Alex. Buena letra. *Arist.* Aora puedes
hacer mercedes. Señor,
muchos nobles, que son pobres,
te suplican::- *Alex.* Siempre soy
amparo de la nobleza;
fuera de tener racion
en Palacio, à cada uno
tres mil ducados le doy.
Arist. Què grandeza! *Alex.* Proseguid
con la segunda cancion.
Musica. De los dos floridos meses
la Diosa de Endimion,
casta corona le ofrece,
luz à luz, y flor à flor.
Alex. No hay quien pida mas mercedes?
Arist. Aqui viene, gran señor,
una lista de los presos.
Alex. Ninguno quede en prision.
Arist. Los Soldados que han servido::-
Alex. Mi Tesorero Mayor
les dè treinta mil ducados.
Arist. Què magestad! què valor!
Las insignias Militares,
por ley de Grecia, y blason,
las Diosas de Macedonia
consagran à tu valor. *Vase.*

Tocan Musicos, y vàn saliendo con las insignias Militares la Princesa, Octavia, y otra Dama.

Princ. Aunque zelosa, confiesso,
que sois, valeroso joven,
segunda embidia de Marte,
primera dicha de Adonis.
Alex. Si os hiriò amor con su venda,
mi afecto sus velos rompe
para ligar sus heridas,
los rayos del Sol perdonen.
Octav. Es esta insignia de Marte,
por vuestra, la luz del Norte,
y los bolantes de Venus
mis bien seguidos pendones.
Alex. Viven, por ley del amor,
en nuestros dos corazones,
un mal vivo con dos almas,
y una ciega con dos soles.
Dama. Con diferentes afectos
mis finezas os coronen,
pues sin tirarme amor flechas,
me coronò de favores.
Alex. A la que llevais delante
dedico mis tiernas voces,
que los firmes troncos mueven,
y las sordas piedras oyen.

Haciendole reverencia, al son de musica, se vàn las Damas.

Alex. Què hermosa và la Duquesa!
todo el poder de los Dioses
se ha cifrado en su belleza.
Tabaco. Oyes, señor, sus dos soles
pueden ser soles delante
de quarenta mil Doctores,
pues en vez de tabardillos
vàn pintando corazones.

Tocan caxas, y clarines.

Alex. Què militar, y bèlica harmonìa
en tan festivo dia
incita mi valor?
Dentro. Al arma, guerra.
Alex. Tiemble el ambito todo de la tierra:
què es esto? *Sale Aristoteles.*
Arist. Gran señor, que Macedonia,
se ha buelto otra confusa Babilonia.
El General Apolonio,
que tuvo à Persia cercada,
amancillò del Imperio

las

las esclarecidas Armas.
Levantò el cerco, y el Persa,
con vencedoras Esquadras,
viene talando la tierra:
llore Grecia esta desgracia.
Què dirà el Mundo, señor,
si vè las fuerzas postradas
de esta corona del Mundo,
y de este Laurèl del Asia?
Què dirà el Orbe? *Alex.* Suspende,
Aristoteles, la infamia
de Apolonio, quando el Mundo
havrà menester ensanchas,
si le acuchillo con esta
horrible del Orbe parca.
Grecia vencida, viviendo
este corazon? què aguardan
mis Soldados? Luego al punto
toque Macedonia al arma;
desencaxense estos Polos
de las celestes visagras:
aliste Marte en su esfera
quantas encendidas brasas
arden lucientes cometas,
brillan centellas con alma.
Marchen las Tropas al punto,
que antes que la antorcha sacra
devane luces al Mundo
en seis mansiones del Alva,
he de sujetar al Persa,
sin que de sus torres altas
memoria quede, que fueron
del campo azul atalaya:
al arma, Soldados mios. *Tocan.*
Tabaco. No te despides de Octavia?
Ha señor. *Alex.* Dad orden luego,
que las legiones de guardia
marchen al punto. *Arist.* Llevòle
la naturaleza sabia. *Vase.*
Tabaco. Quieres vèr à la Duquesa?
Alex. Toca al arma, toca al arma.
Tocan caxas, y al irse sale Octavia.
Octav. Principe, señor, què es esto?
Alex. Què ha de ser, Octavia? nada.
Octav. Mi bien, pues vos os partis
sin verme? *Tocan.*
Alex. Divina Octavia,
yo sin veros? pero el Persa,
el clarin, la voz, la fama
me llaman: llorais mi bien?
Octav. Lloro, señor, mi desgracia:
servìa mi corazon
al vuestro con vida, y alma.
Alex. Yo con el alma, y la vida
à una gallarda Greciana,
tan bizarra, como hermosa,
tan amante, como amada.
Octav. No lo dicen los clarines
quando tocaron al arma?
Alex. El honor, querido dueño,
la reputacion, la fama,
en mi corazon han sido
de este rebato la causa.
Todos, mi bien, avisaron
à las mudas atalayas
del ocio, que yo vivia
en los brazos de mi Dama,
que oyò el militar estruendo
de las trompetas, y caxas.
Octav. Espuela de honor os pica.
Alex. Y el freno de amor me pàra.
Octav. No salir es cobardìa.
Alex. Ingratitud el dexarla.
Octav. Salid al campo, señor,
sangre vierta la campaña,
que ella me serà sin vos
duro campo de batalla.
Alex. Advertid:;- *Octav.* Salid apriessa,
los Soldados os aguardan,
yo os hago à vos mucha sobra,
y vos à ellos gran falta.
Alex. No me enternezcais, que el pecho
todo à Marte se consagra.
Octav. Bien podeis salir desnudo
de las militares armas,
pues son bronce los rigores.
Alex. Què decìs, esposa amada?
Octav. Que teneis de acero el pecho,
pues mi llanto no os ablanda.
Alex. Duquesa, mi bien, mi dueño,
tan dulce, como enojada,
dadme essos brazos. *Octav.* Què pena!
id con Dios, que ya se arranca
de mi pecho el corazon.
Alex. Què fortuna! *Octav.* Què desgracia!
nunca yo huviera nacido!
Alex. Yo os empeño mi palabra
de ser vuestro, y de poner

todo el Mundo à vueſtras plantas,
porque con honra, y con fè::-
Octav. Yo me quede.
Alex. Y yo me parta:
vaya à los Perſas el cuerpo.
Octav. Y vaya con vos el alma.

JORNADA TERCERA.

Salen el Rey, y Ariſtoteles.

Rey. Triunfò del Perſa Alexandro,
ſegun lo dice eſta carta,
y con el triunfo el Imperio
en mayor peligro ſe halla.
Por no quererſe caſar
con Camilo, puſe à Octavia
en priſion; y aunque ſe pierda
Grecia, del Orbe embidiada,
ha de caſar Alexandro
con la Princeſa. *Ariſt.* Son tantas
las dudas, que la razon,
ni ſe explica con palabras,
ni puede formar idèa
en los ſecretos del alma.
Rey. Ariſtoteles, cerremos
la puerta à la confianza,
quede en los dos el ſecreto,
corra luego la palabra
de que la Duqueſa ha muerto
en la priſion: muera Octavia,
tambien ſi acaſo conviene,
porque pierda la eſperanza
Alexandro de eſte amor.
Ariſt. Señor, el fuego que labra
el amor con el deſeo,
dificilmente ſe apaga.
Poner à rieſgo la vida
del Principe, à quien conſagra
la ſuccesſion del Imperio
el Cielo, fuera venganza
indigna de la prudencia.
Rey. Pongaſe, ò no, la palabra
que dì al Infante Camilo
de caſarle con Octavia,
y à Julia con Alexandro,
ſe ha de cumplir. *Ariſt.* Si la traza,
ſegunda naturaleza,
en vueſtra idèa ſe halla,
què puedo yo replicar?
Rey. El Infante eſtà en Bretaña,
y yo le darè à ſu tiempo
parte de la confianza,
que entre los dos ſe acredita;
y al Caſtillo de Girana,
adonde eſtà la Duqueſa,
pues que tan cerca ſe halla
de la Corte, podeis ir,
y à ſu Alcayde, coſa es llana,
le direis eſte ſecreto.
Y ſupueſto que de Acaya
viene el Principe marchando
con ſu gente, y la diſtancia
de ir, y bolver es tan corta,
con inteligencia ſabia
dareis nueva de la muerte
de la Duqueſa. *Ariſt.* La varia
fortuna nunca acredita
tan peligroſa mudanza:
Miradlo, ſeñor, mas bien.
Rey. Eſto ha de ſer; decretada
eſta ſentencia fingida,
vive inmortal en el alma.
Vos haveis de dàr la nueva,
en virtud de mi palabra,
de que muriò la Duqueſa,
porque quede bien fundada
por vos la nueva. *Ariſt.* Señor,
aunque ha ſido la crianza
del Principe ley en mì,
vos ſois ſupremo Monarca,
obedecer à mi Rey
es lo que el Cielo me manda.
Yo voy, ſeñor, à ſerviros;
pero acordaos, que eſta traza
dificil tiene el efecto,
aunque es tan facil la cauſa. *Vaſe.*

Sale la Princeſa.

Princ. Doy à vueſtra Mageſtad,
y à mì me le doy tambien,
el dichoſo parabien,
propio de mi voluntad,
de la felice victoria,
que contra el Perſa ha tenido
el Principe, pues ha ſido
de ſu valor nueva gloria.
Pero què mucho, ſi fundo
en ſu aliento ſingular,

que ha de venir à triunfar
de los terminos del Mundo ?

Rey. Eſſa alabanza ha nacido
del amor que le teneis,
y es juſto que le alabeis,
ſi ha de ſer vueſtro marido:

Princ. Es mi eſtrella tan cruel,
que no haviendo en mì mudanza,
pone à rieſgo la eſperanza,
ſiendo la fè tan fiel.

Rey. Pues vos haveis de dudar,
eſtando Octavia en priſion,
la debida poſſeſsion ?

Princ. Es dificil de mudar
el amor, ſi es verdadero,
en ſugeto aborrecido,
que ſe transforma en olvido
el que ſe adquiere poſtrero.

Tocan caxas, y clarines, y dicen dentro.

Unos. Viva el Invicto Alexandro,
hijo del ſacro Filipo,
Principe de tres Imperios.

Otros. Viva. *Rey.* El Principe ha venido,
y en inſtrumentos Marciales,
con laudes de Marte vivos,
el Orbe le hace la ſalva.

Suenan dentro inſtrumentos.

Princ. Y ya en coros repetidos
la armonìa ſoberana,
Filomena de los ſiglos,
le aclama Adonis Greciano.

Muſica. Viva el rayo de Filipo,
el ſucceſſor del Oriente,
que al Perſa dexa vencido:
inmortal ſu nombre ſea
entre los Dioſes divinos.
En el Templo de la fama
le ofrezcan en ſacrificio
laureles Jupiter regio,
Marte triunfos peregrinos;
trinad, esferas; repetid, zafiros,
que viva la dieſtra,
que triunfe el invicto
brazo poderoſo del ſacro Filipo.

Và ſaliendo acompañamiento de Soldados, y detràs Alexandro, y Tabaco.

Alex. Por aliento de Jupiter ſagrado,
en la grandeza vueſtra colocado,
merezca mi obediencia, *Arrodillaſe.*
de amor inteligencia,
el beſaros la mano.

Rey. Siendo de Marte rayo ſoberano,
el trono Militar, el quinto Solio,
ſerà de vos eterno Capitolio:
levantad à mis brazos. *Levantaſe.*

Alex. Con tan dichoſos delicioſos lazos
ſerà inmortal mi vida:
vueſtra Alteza, Deidad eſclarecida,
Planeta ſuperior de las beldades,
y honor de las etereas Mageſtades,
me dè à beſar ſu mano.

Princ. A la dieſtra de Marte ſoberano,
corta esfera ſerà, si bien dichoſa,
el alma generoſa:
eſſa os dedica, en fè de mi alvedrio,
el juſto afecto mio.

Alex. Què novedad altera mi trofeo
el impulſo mayor de mi deſeo ?
La Duqueſa Utelino, *ap.*
ſol de mi amor divino,
con la Princeſa no ha venido à verme!
Diſsimule mi amor, que es ofenderme,
culpar zeloſo al Sol de que ha faltado
con ſu luciente luz à mi cuidado.

Rey. Quedò vencido el Perſa ?

Alex. De Sidonia
puſe cerco, ſeñor, à Babilonia,
y aſſaltando ſus doricas almenas,
atalayas del Sol, de rayos llenas,
ſe cerrò, con la fùnebre armonìa,
el luminoſo parpado del dia.
A Suſa paſsè luego,
llevando la Ciudad à ſangre, y fuego:
recogieronſe al Fuerte de Virigo
los Soldados, ſeñor, del enemigo.
Cerquè ſobre la inmenſa peſadumbre
aquel rayo de Marte, q̃ en la cumbre
del epiciclo propio de la Luna,
inmortal ſu fortuna
hizo por breves horas.
Llegaron nueſtras hueſtes vencedoras,
trepando à las murallas,
y apenas coronallas
pudieron de alentados corazones,
quando ſe tremolaron tus pendones.
Deſmantelè el altivo promontorio,
y dando buelta al ſacro Conſiſtorio,
ò al Templo de Diana,

me pufe fobre el Fuerte de Brizana,
que en los confines de los Cafpios mõtes
beben del Sol los claros Orizontes.
Los flecheros Brifones
affaltando los bèlicos balcones,
à un tiempo difpararon de la cumbre
dardos, que defpidiendo viva lumbre
al Delfico Planeta fe opufieron,
tan dieftros anduvieron,
que al baxar por los rumbos fuccefsivos,
los clavaron en troncos medio vivos.
El Fuerte fe arrafsò, y tributarios
quedaron los Siarios,
los Cafpos, los Citones,
los Medos, y Sidones,
y los fieros, fi montes de la Hircana,
alimentados de la fangre humana.
El Imperial Exercito paffando
los terminos, cortando
la region de Babèl, fe pufo luego
fobre la Corre del Perfiano ciego,
à quien el Tigris baña,
y talando fu Perfica campaña,
en diez y fiete dias la rendimos:
prefo fu Rey traximos,
incorporando à tu fagrado Imperio,
defde el Monte Ciprio, al Monte Berio.
Veinte y cinco Ciudades conquiftamos,
fiete Naciones barbaras domamos,
quedando el nombre de Filipo folo,
del uno al otro Polo,
gravado en los Anales
de effas laminas facras Imperiales.
Y afsi, conquifta, emprende, folicita,
tala, reforma, dà, caftiga, quita,
poftra, rinde, fujeta, perfecciona,
rompe, acomete, alaba, figue, abona,
y pues no puede haver quiẽ te lo eftorve,
gima el Mar, tiẽble el Sùr, caduq̃ el Orbe.
Rey. De nuevo mis brazos fean
lazos de la eftrella fuma,
que alienta mi corazon,
que mis blafones iluftra.
Sale Ariftoteles.
Arift. De mi obediencia forzado,
vengo à ponerme à la furia
de una juventud fobervia.
Alex. Ariftoteles? *Arift.* No duda
mi lealtad de las finezas,
con que vueftra Alteza Augufta
favorece mis afectos;
pero la fuerte importuna::-
Rey. Ariftoteles, què es efto?
quien vueftras canas difgufta?
què ha fucedido? *Arift.* Señor::-
No sè yo como articùla *Llorando.*
palabras el corazon.
Alex. Alguna defdicha anuncia
efta fufpenfion llorofa,
aquefta eloquencia muda.
Arift. En el teatro del Orbe
oy quifo, por ley injufta,
oftentar feveramente
fus decretos la fortuna:
A los Jardines de Acaya
la foberana hermofura
de Octavia::-
Alex. Què efcucho, Cielos!
Arift. A quien el Mayo dibuja,
fue, que las flores, feñor,
de la vida mas fegura,
fi viven al Alva, mueren
entre la noche confufa.
Eclipfado faliò el Sol,
rebuelto en fombras caducas,
y entre trèmulos defmayos,
mal rebozada la Luna.
Melancolica baxòfe
por una alameda adufta
de unos ciprefes, que fueron
del mal atalayas mudas.
De vèr fu trifteza el agua,
que por los penfiles cruza,
en parafifmos de nieve,
fi no fe yela, fe turba.
Divertianla fus Damas
con muficas que no gufta,
cuya armonìa ajuftaban
los faciftoles de pluma.
Calaronfe por el viento
algunas aves nocturnas,
exploradoras cobardes
de lòbregas fepulturas.
La bellifsima Duquefa
fe fentò fobre unas murtas,
mirando de un arroyuelo
la bien deslizada fuga.
Sobrevinola un defmayo,

mensagero que articùla,
con las luces apagadas,
la sentencia mas segura.
Bolviò de èl, articulando
entre palabras confusas:
Yo muero: valedme, Cielos!

Alex. La Duquesa? *Arist.* Sì: en urnas
de nieve la blanca rosa
perdiò la color purpurea.

Alex. Octavia? *Arist.* Sì, gran señor:
Acudieron las confusas
Damas, que la acompañaban,
à invocar las luces sumas;
fue por instantes (què horror!)
el accidente (què angustia!)
creciendo, y fue de manera,
que aquella alva hermosa, y pura,
aquella viviente flor,
aquella aurora diurna,
en un instante quedò
toda la color difunta,
sin aliento los vitales,
sin ornato la hermosura,
sin rayos de luz el Sol,
y sin resplandor la Luna.

Alex. Muriò la Duquesa, Cielos!

Rey. Quedòse una estatua muda:
Alexandro, obre el valor:
Principe, lo que pronuncian
desde su esfera los Dioses,
sentencias son, que se ajustan
con las leyes inmortales.
Donde la Princesa Julia
està, no pueden reynar
inferiores hermosuras;
descansad, porque se logre
de vuestra victoria augusta
el triunfo: vamos, Princesa.

Princ. El sentimiento, no hay duda,
viendo muerta à la Duquesa,
que el corazon me atribula;
pero si es orden del Cielo,
aora podrè segura
ser esposa de Alexandrò.

Arist. Cumplì vuestra ley augusta.

Rey. La cumplisteis de manera,
con la fùnebre pintura,
que aùn yo creì que era muerta
la Duquesa. *Arist.* Como cumpla
de su Rey el mandamiento
el vassallo, no le culpa
el engaño, porque nace
del ingenio, y la cordura. *Vanse.*

Tabaco. Ha señor, señor.

Alex. Quien llama?

Tabaco. Tabaco, yerva Maluca,
tan sonada por el Orbe
como la mala ventura,
pues te và haciendo una sarta
de mundos para que engullas,
Jupiter, pues los Imperios
los tragas como granuja.
Tèn valor para llevar
la ausencia de la mas pura
Deidad, que formò de estrellas
la Diosa de la hermosura.
Si muriò Octavia, señor,
supla la Princesa Julia.

Alex. Calla, villano. *Tabaco.* Matòme,
porque me diò por la nuca:
mala lanzada le dèn
à mano, que tanto es dura.

Alex. Cielos, còmo no turbais
essas centellas diurnas?
Octavia muerta, y yo vivo?
Segò la muerte caduca
la mejor flor de la tierra,
de los Cielos la luz pura,
la perla del mejor nacar,
y el Sol de la esfera suma.
Ya se eclipsò de mis ojos
la viviente antorcha, en cuya
sagrada llama era Fenix
esta vida ya difunta.
Ya no he de verte, beldad
con que los Dioses se ilustran.
Ya no he de gozar, Octavia,
de tu divina cordura,
de tus cariños constantes,
de tu gravedad augusta,
de tu beldad soberana,
y peregrina hermosura.
Assi, mi bien, te ausentaste?
assi, esposa honesta, y justa,
dexaste à quien idolatra
la Deidad, que el Cielo ilustra?
O rosa, que deshojada
fuiste à la Aurora purpurea!

O dulce paloma alada,
que bolando à las cerùleas
campañas de fuego, y nieve,
las llamas de amor apuras!
Què importa, que me corone
de Imperios la llama rubia,
ni que de mi nombre tiemblen
las Naciones mas aduſtas,
ſi al alma le falta aquella,
que fue en la dorada cuna
del Sol el mobil primero
de mis potencias auguſtas?
Pero ya adivina el alma,
por ſeguras congeturas,
quien diò muerte à la Duqueſa:
la razon de eſtado injuſta
me quitò mi amada eſpoſa,
porque caſaſſe con Julia.
Tirana ley eſte lazo,
eſta amoroſa coyunda
rompiò, à peſar de los Dioſes,
que las voluntades juntan.
Irritado el Rey mi padre
de la pretenſion mas juſta,
que viò el robador de Dafne,
hizo à mi amor eſta injuria.
El conſejo fue cruel
de Ariſtoteles ſin duda:
politica, que fue ſiempre
mina, que voràz anula
con el fuego del eſtado
la ignorancia mas ſegura.
Què aguardo, que à la venganza,
hidra ardiente de mi furia,
no acudo quando me llama
de aquella inocente juſta
la ſangre? Pierdaſe Grecia,
ſalga la Princeſa Julia
de Macedonia, y turbada
eſta maquina confuſa,
delire à ruinas ſu nombre,
caduque à mortales furias
eſte Imperio, y vierta el alma
eſta nociva cicuta,
eſte fuego que me abraſa,
zeloſo ardor, que trabuca
las potencias racionales,
que los ſentidos iluſtran.
A mi eſpoſa dieron muerte?
ya ſus luceros no alumbran
mi eſpiritu? ya murieron
aquellas antorchas puras
de Diana? loco eſtoy!
Tabaco. Señor, aora ſe uſa::-
Alex. Sabes tù quien diò la muerte
à mi eſpoſa? *Tabaco.* Ya cadùca:
Si ſeñor, que la mataron
porque te caſes con Julia.
Alex. Quien la matò?
Tabaco. Quien? tu padre,
por no ſer ſuegro: eſſo dudas?
pues tu Maeſtro::- *Alex.* Eſſe fue
el alma de aquella junta.
Tabaco. Es Filoſofo ſin alma,
que pocos de ellos la uſan.
Alex. Yo me abraſo.
Tabaco. Yo me quemo.
Alex. Etnas arrojo. *Tabaco.* Yo furias.
Alex. Arda Grecia.
Tabaco. Arda Bayona.
Alex. Mueran luego.
Tabaco. Lleven tunda.
Alex. Muera Ariſtoteles. *Tabaco.* Muera
por Maeſtro de difuntas.
Alex. Aras harè el Capitolio.
Tabaco. Seràs un rompe columnas.
Alex. Ya por eſta puerta, Cielos,
que ſecretamente oculta
al quarto de la Duqueſa
paſſaba, queda difunta
ſu luz: por aqui ſolìa
venir la Aurora ceſura.
Tabaco. La palomita de Venus.
Alex. La Deidad de la hermoſura.
Tabaco. La corderita valando.
Alex. La caſtidad de la Luna.
Tabaco. La paſſome acà que llueve.
Alex. La Mageſtad mas Auguſta.
Tabaco. El Angel mas humanado.
Alex. Què horror! què peſar!
Tabaco. Què anguſtia!
Alex. Què muerte!
Tabaco. Què diſparate!
Alex. Què crueldad!
Tabaco. Y què locura!
Alex. Memorias, matadme luego.
Tabaco. Bolviòle otra vez la furia:
Señor, mira que te matas,

y que no hay en Grecia un Cura
por un ojo de la cara.
Medicos hay que te curan,
y que por darles el pulso,
te daràn la sepultura.
Alex. Dì à la Guarda, que ninguno
entre à verme. *Tabaco.* Ya se enluta.
Alex. Saca luces. *Tabaco.* Aqui estàn,
Pone un bufete con luces, y recado de escribir.
Alex. Vete luego.
Tabaco. Voyme à obscuras. *Vase.*
Alex. A mis Capitanes quiero
escribir, que mis Soldados
en Sipra estèn alojados,
vengar este agravio espero.
Los complices atrevidos
castigarè de tal suerte,
que sea espanto su muerte
de los Griegos, y los Gidos;
pues malogrò mi esperanza
su rigor, para apagar
esta llama singular,
sea incendio la venganza.
Assi quiero escribir
à Cesar, y à Octaviano,
vaya lineando mi mano
los renglones del vivir.
Ponese à escribir, y salen por una puerta Octavia, y un Alcayde.
Octav. Alcayde, vuestra lealtad,
en riesgo tan conocido,
sabrà premiar Alexandro.
Alcayd. El Emperador Filipo,
como os he dicho, ordenò
(que fue rigoroso arbitrio)
que corriera la palabra
desde Macedonia à Egipto,
de que erais muerta. *Octav.* Ya sè
lo que os debo, Federico:
hablar pretendo à Alexandro,
para que sepa que vivo
en virtud de sus finezas;
luego bolverè al Castillo
para assegurar el orden
que teneis. *Alcayd.* Mi vida fio
de vuestra grandeza. *Octav.* Yo
por esta parte he venido,
porque de mi quarto tengo
las llaves: Cielos, què miro!
escribiendo està Alexandro.
Alex. Parece que siento ruido:
quien es? *Octav.* Mi bien? Alexandro?
Alex. Es ilusion del sentido?
es Octavia? *Octav.* Si, yo soy,
que vengo desde el Castillo,
adonde he estado en prision,
à decirte, esposo mio,
que vivo, que el Rey tu padre
con este engaño ha querido
casarte con la Princesa.
Alex. Con el alma te recibo,
esposa, mi bien: es sueño?
què vives, dueño querido?
Octav. En virtud de que te adoro
ha vivido mi alvedrio.
Alex. Aora venga la muerte.
Octav. Al Alcayde Federico
se debe aquesta fineza.
Alcayd. Mi vida te sacrifico.
Alex. Premiarè vuestra lealtad,
pues con valor haveis sido
el Iris de esta tormenta.
Alcayd. Por vos es gloria el peligro.
Octav. Señor, vuestro padre airado,
porque al Infante Camilo
neguè la mano de esposa,
me embiò presa al Castillo
de Girona, donde es fuerza
que buelva con Federico
para assegurar al Rey.
Alex. Mi bien, lo que determino
(pues permitieron los Dioses,
que mis ojos hayan visto
el idolo que venero,
y la imagen por quien vivo)
es dissimular mi agravio,
no darme por entendido
de que vivis, alentar
la pretension de Filipo
mi padre, ganar à un tiempo
los corazones altivos
de mis fuertes Capitanes,
y el sacro laurèl invicto,
que ha de coronar mi frente
en los venideros siglos,
dedicarle::-
Octav. A quien? *Alex.* A vos,
adorado dueño mio.

Octav.

Octav. Bien debeis à mis finezas
esse afecto peregrino;
y porque puede venir
el Emperador Filipo,
vuestro padre, à visitaros,
quiero bolverme al Castillo,
que yo bolverè, señor,
con este secreto mismo
à veros, y à consultar
el remedio mas preciso.
Alex. Aunque sè que ha de costarme
este forzoso retiro
el disgusto que precede
de vuestro agravio, y el mio,
antepongo vuestro honor
al gusto de los cariños,
que entre dos amantes logra
la fè de un casto designio.
Octav. En vano se cansa el Rey
pretender à un alvedrio,
que es prisionero de amor,
pues vos le teneis cautivo.
Alex. Si se transforma quien ama
en el sugeto querido,
yo vivo sin libertad,
pues muero de lo que vivo.
Octav. Si viniere la Princesa,
advertid, dueño querido,
que si naciò para amaros,
yo nacì para serviros.
Alex. Vos dudais de mi firmeza,
sabiendo lo que os estimo?
Octav. Como nacì desgraciada,
sin dicha mi estrella sigo.
Alex. Si Alexandro es vuestro esposo,
què temeis? *Octav.* Naciò de Egipto
Princesa Julia, señor,
yo Duquesa de Utelino. *Llorando.*
Alex. Llorais, mi bien?
Octav. No señor.
Alex. Con suspiros el Sol mismo?
con lagrimas el Aurora?
advertid:- *Octav.* Nunca haveis visto
quando arrancan un clavèl
del tronco donde ha nacido,
que al gemir la verde rama,
y al dàr el postrer suspiro,
en señal de que lo siente,
del Alva arroja el rocìo?
Pues assi mi corazon,
viendo que sus enemigos
le quieren sacar del pecho
el alma con que ha vivido,
de lo interior de los ojos
arroja aqueste rocìo,
cuyo nevado elemento
es, à fuerza de suspiros,
aljofar, que se desata
del clavèl de su cariño.
Alcayd. Aristoteles, señor,
viene aqui. *Octav.* Lo que os suplico,
que no olvideis mis finezas.
Alex. De ellas pende mi alvedrìo.
Octav. Pues en essa confianza:-
Alex. Serà mi amor peregrino.
Octav. Serà mi afecto dichoso.
Alex. Admiracion de los siglos.
Octav. De los amantes exemplo.
Alex. De los laureles prodigio.
Octav. Para que publique Grecia:-
Alex. Desde Macedonia al Nilo:-
Octav. Que solo à Alexandro adoro. *Vase.*
Alex. Yo à la Duquesa Utelino.
Aristoteles ha sido
quien diò este consejo al Rey,
politica, cuya ley
ha fulminado el valìdo:
Aristoteles? *Sale Aristoteles.*
Arist. Señor?
aqui importa la prudencia. *ap.*
Alex. Valeos de vuestra ciencia
contra mi justo dolor.
Arist. No hay ciencia contra el poder,
que se ciega con razon
de una amorosa passion.
Alex. Yo he llegado à conocer,
que vuestra ciencia me agravia.
Arist. A vos no os puede agraviar
la Deidad mas singular.
Alex. Vos disteis la muerte à Octavia.
Arist. Yo, gran señor? *Alex.* Sì.
Arist. Mirad,
que soy del honor espejo.
Alex. El Rey, por vuestro consejo,
(esta es segura verdad)
à Octavia puso en prision,
y por materia de Estado
dexò su sol eclipsado;

pero

pero sabrà mi pasion
de aquella Deidad sagrada,
rayo de mejor oriente,
vengar la sangre inocente
con los filos de mi espada.
Arist. No haveis, señor, conocido
al hombre que os ha criado.
Alex. Del Rey estoy agraviado,
y de vos muy mal servido.
Arist Yo nunca puedo servir
mal, si me ajusto à la ley,
porque quien sirve à su Rey,
es leal hasta morir:
de mì la obediencia aprende
à servir al superior.
Alex. No es buen Maestro de honor
el que al discipulo ofende.
Arist. Mi consejo nunca diò
aliento à la tiranìa,
que el vapor se opone al dia,
pero nunca le eclipsò.
Alex. Vuestro consejo fue ley
del Estado, y no fue sabia,
pues la diò la muerte à Octavia.
Arist. Yo solo sirvo à mi Rey.
Alex. Luego ya haveis confessado,
que fuisteis el movedor
de este criminal error?
Arist. Yo sirvo como criado.
Alex. Luego aquel sol inocente
no muriò con pena igual
de su muerte natural?
Arist. Muriò de humano accidente.
Alex. Los consejos interiores,
aunque tan secretos fueron,
los Cielos los descubrieron:
no trato de los traidores,
que yo sabrè conocerlos,
y los sabrè castigar.
Arist. No ocupo yo esse lugar.
Alex. Pues vos sois el uno de ellos.
Arist. Yo traidor? mi fè condeno
si à esse titulo la igualo,
que nunca un Maestro malo
sacò discipulo bueno.
Si mi ciencia entre los dos
como padre repartì,
llamarme traidor à mì,
es agraviaros à vos.
Por classes tan inhumanas
no passò mi mocedad,
porque de estudiar lealtad
me salieron estas canas.
Yo traidor? (ò pese à mì!)
Os enseñè la leccion
alguna vez con traicion,
quando verdades leì?
Discipulo sin piedad
os halla mi pensamiento,
pues dandoos entendimiento,
me negais la voluntad.
Yo traidor? no viva, no,
esta caduca ruìna,
que pues muriò mi doctrina,
es justo que muera yo.
Si en el honor me tocais,
la vida os puede decir,
que si os enseña à vivir,
vos à morir la enseñais;
y pues con desprecios hallo
el honor en que me fundò,
conquista, señor, el Mundo,
pues yo trato de dexallo;
que mas Reynos por igual
os tengo yo grangeado,
adquirido, y conquistado
con el valor racional,
que quantos en el abismo
de la ambicion puede haver,
pues os enseñè à vencer,
como sabeis, à vos mismo;
y assi, Maestro de honor
puede buscar el Estado,
porque no estè acompañado
un Principe de un traidor.
Hace que se và.
Alex. Aristoteles, oìd,
no os vais, que tengo que hablaros.
Arist. Què es lo que mandais?
Alex. Llegad,
y dadme aora los brazos
por Maestro, y por amigo.
Arist En ellos os he criado;
pero brazos desleales
no son de un Principe. *Alex.* Vamos
à lo que importa, que yo
os estimo como Sabio,
y como à tal un consejo

os he de pedir, notando,
que mis palabras son leyes
de mi valor soberano;
y porque veais que tengo
de vos justa quexa, al caso
hemos de ir, porque consiste
en èl la vida de entrambos.
La nueva que me traxisteis
quando yo lleguè à Palacio
de haver muerto la Duquesa,
no es cierta, porque fue engaño
de mi padre, presumiendo
con este pretexto falso,
que yo casasse con Julia:
en todo no he de culparos,
que las ordenes del Rey
obedecen los vassallos.
Octavia ha venido à verme,
que Federico, obligado
de su grandeza, le dixo
el secreto. Yo he notado,
que se ha de perder el Reyno,
si à Octavia no doy la mano
Ar. de esposo, porque con Julia
no ha de casar Alexandro:
Ya os descubrì mi secreto,
y pues de vos me he fiado,
ordenadlo de manera,
que queden asegurados
los tres Imperios de Grecia,
sin guerra aquestos Estados,
Julia sin la pretension,
mi padre desenojado,
la Duquesa sin peligro,
y yo con ella casado.
Arist. El sabe todo el secreto; *ap.*
si Jupiter soberano
no pone su diestra aquì,
Troya ha de ser el Palacio,
y el Mundo, y asi conviene
luego al punto remediarlo.
Señor, vuestro padre viene,
luego hablarèmos de espacio,
porque tan grave materia
pide consejo muy sabio.
Yo lo dispondrè de modo,
(assegurando el Estado)
y cumpliendo con las leyes
de Maestro, y de vassallo,
que logreis vuestro deseo.
Alex. Mi honor pongo en vuestra mano.
Arist. Vos conocereis, señor,
en lance tan apretado,
que Aristoteles ha sido
el Maestro de Alexandro. *Vanse.*

Salen el Rey, y el Infante.

Rey. Infante, siempre las leyes
de mas antiguo blason,
fueron con obligacion
las palabras de los Reyes.
Octavia vive, y serà
vuestra esposa con efecto,
y entre los dos el secreto
debida esfera tendrà.
Infante. Ya sè, señor, el intento,
y el secreto guardarè,
para que logre mi fè
tan felice casamiento.
Rey. A los Grandes he llamado,
para que juren primero
por legitimo heredero
al Principe, y ajustado
este decreto, despues
casarà con la Princesa.
Infante. Con tan grande arbitrio, cessa
el Militar interès,
que amenazaba, señor,
este Imperio, y yo consigo,
siendo Alexandro mi amigo,
el mas divino favor,
pues siendo Octavia mi esposa,
en mì un esclavo tendreis.
Rey. Vos, Infante, mereceis
gozar la Duquesa hermosa,
pues con este casamiento,
y el de Alexandro, consigo
el triunfar del enemigo
Sirico, que con violento
Esquadron pretende entrar
por vuestro Reyno. *Infante.* Señor,
solo con vuestro valor
me pudiera yo alentar.
Rey. Vamos para prevenir,
que esta noche el Parlamento
dè al Principe el juramento.
Infante. En todo os he de servir. *Vanse.*

Salen la Princesa, y Tabaco.

Princ. Tabaco? *Tabaco.* Señora? aqui

(sabe Dios lo que me pesa) *ap.*
dì en manos de la Princesa.
Princ. Fuiste à la guerra ?
Tabaco. Si fui ?
bueno es esso, en Montezumo
matè siete mil de un saco.
Princ. Y de què suerte, Tabaco ?
Tabaco. Diles tabaco de humo.
Princ. Di, y el Principe ?
Tabaco. De espacio.
Princ. No te tuvo por tercero
de Octavia ?
Tabaco. No, que primero
tuvo su quarto en Palacio.
Princ. No eras tù del nuevo empleo
quien los papeles llevaba ?
Tabaco. Si señora, yo le echaba
las cartas en el correo.
Princ. No le llevabas de Oriente
à Octavia quanto el Sol dora ?
Tabaco. Yo le llevaba, señora,
la condicion lindamente.
Princ. De tì Octavia se fiaba
quando la carta escribia ?
Tabaco. La noche que yo venia
siempre la hacia cerrada.
Princ. Sintiò su infelice suerte ?
Tabaco. Algo tiene de homicida.
Princ. Hace extremos por su vida ?
Tabaco. Por su vida, y por su muerte.
Princ. Quiereme ?
Tabaco. A mas no poder.
Princ. Adora su muerta estrella ?
Tabaco. No està tan ciego por ella,
que à tì no te puede vèr;
y es tanto lo que prefiere,
despues que Octavia muriò,
tu persona, que sè yo,
que en mirandote se muere.
Ayer me dixo en la mesa,
pues sin Octavia me quedo,
desde aora, amigo, puedo
vèr de espacio à la Princesa;
y de esta razon se infiere,
pues ya se muere por verte,
de que no puede quererte
mas de aquello que te quiere.
Princ. Què dices ?
Tabaco. Lo que has oìdo,
y lo que yo he reservado *ap.*
es propio para callado,
y mejor para reìdo.
Princ. Pues antes que jure el Reyno
por Principe poderoso
à Alexandro, y à su lado
me vea yo en el sacro Solio,
le he de escribir un papel,
porque si ha de ser mi esposo,
me responda libremente
su sentimiento, que es propio
de quien escribe, decir
su passion: ya el negro adorno
de la noche eclipsa al dia:
trae luces, y espera solo
en aquessa galerìa.
Pone luces, y sientase à escribir.
Tabaco. Aqui la luz acomodo.
Princ. Empiezo à escribir. *Tabaco.* Y yo
me retiro poco à poco. *Vase.*
Al paño Octav. Del Castillo vengo, y todo
el Palacio anda rebuelto:
Por estàr el Rey con otros
Principes, no pude entrar
por mi quarto, y es forzoso
por el de Julia (què veo !)
aqui el peligro es notorio:
el Rey viene, obre el ingenio:
passemos de aqueste modo
delante de mi enemiga.
Passa delante de Julia muy severa, y se admira.
Princ. Valgame el Cielo ! què assombro!
què horror ! Octavia no es esta?
sin duda del sacro Trono
de los Dioses ha baxado:
Duquesa, yo dudo como
el Rey, Alexandro, el Cielo,
Federico, Arnesto, Astolfo::-
Salen el Rey, y todos.
Rey. Princesa Julia, què es esto ?
Princ. Señor, con severo rostro
la difunta Octavia, aora
fue relampago à mis ojos:
yo vì à la Duquesa. *Rey.* A quien?
Princ. A Octavia, que dando assombro
con los rayos de su ira,
la exhalacion de su enojo
à la noche::- *Rey.* Què decìs ?

Sale Alex. Orden traigo para todo
de Aristoteles, Princesa:
esse fue engaño notorio,
la imaginacion ofrece
semejantes alborotos
al animo. *Infante.* Assi es verdad,
porque representa à todos
las mas vecinas especies,
y assi produce essos monstruos
visibles en lo aparente.
Rey. Sossegaos, que vuestro esposo
es Alexandro, no prive
essa vision, esse assombro
en vuestro animo constante.
Alex. Por mi dueño os reconozco;
y para que al Alva sea
nuestro noble desposorio,
à jurar vienen los Grandes
este lazo misterioso:
sossegaos. *Princ.* Vida haveis dado
(ò Principe generoso!)
con essas nobles palabras
à mi corazon heroico. *Sale Aristoteles.*
Arist. Octavia vino, señor,
ya està prevenido todo.
Rey. Dese principio à la fiesta.
Arist. Las Damas con alborozo,
por principio de alegrìa,
antes que el lazo amoroso
logre el debido trofeo,
representan en el trono
de Jupiter, pues que baxan
fingidas Diosas al Solio,
una Comedia festiva;
despues de ella, con adorno,
y Magestad, juraràn
por Principes poderosos
à Alexandro, y la Princesa,
cuyo Regio Capitolio
es, señor, el que la vista
infunde respeto, y gozo.
Rey. Empiecese la Comedia.
Arist. Los instrumentos sonoros
suspenden con su armonìa
los mas elevados coros.

Por dos lados del tablado vengan dos Damas en dos apariencias cantando hasta el tablado.

Dama 1. Quien vive de lo que adora,
Ninfas sagradas del Mar,
poco tiene de infelice,
mucho goza de Deidad.
Dama 2. Felicidad, y hermosura
tarde se suelen juntar,
que el Sol de la dicha tiene
por norte la vanidad.
Dama 1. Diosas del Parnaso, al Solio
de la Princesa baxad,
vereis en dulce Himenèo
la Diana que adorais.
Dama 2. El bello clarin de pluma,
turbado del Cielo ya,
con voz sonora salude
la Delfica Magestad.
Dama 1. Diosa de Jupiter sacro,
Aurora, y casto Lucero,
baxa à dàr luz à la tierra,
goce la tierra del Cielo.

En acabando esta musica, baxa Octavia en una nube, ò trono al tablado.

Rey. No es Octavia la que miro!
Infante. Octavia no es esta, Cielos!
Princ. No fue vana mi ilusion:
la Duquesa::- *Octav.* Deteneos,
sacro Emperador Filipo,
Principes de Grecia excelsos,
Octavia soy, que he baxado
de los Palacios etereos,
por mandado de los Dioses,
à darle la mano luego
de esposa al Principe, en quien
vincularon los supremos
impulsos de las estrellas
este dichoso himenèo;
y porque cumpla mi amor
el sagrado mandamiento
de los celestiales Dioses,
mi mano, Principe excelso,
es esta.
Alex. Lo que ordenaron
los Dioses, obedecemos
los Principes, y en el Solio
nos jurarà todo el Reyno
por Principes soberanos.
Rey. Alexandro, què es aquesto?
Alex. Obedecer de los Dioses
el divino mandamiento. *Sientanse.*
Rey. A mi grandeza este agravio?

Arist.

Arist. Gran señor, lo que los Cielos
ordenaron, fuerza humana
no se opone à su decreto.
El Principe, gran señor,
tiene las fuerzas del Reyno:
Octavia, de la prision
vino à verle con secreto:
yo, como fiel vassallo,
porque estos nobles Imperios
con guerras no se abrasassen,
dì al Principe este consejo.
La palabra que haveis dado
al Infante::-

Infante. No la acepto,
supuesto que adora Octavia
al Principe, y desde luego
suplico al Emperador
confirme lazo tan Regio.

Rey. Mi palabra ha de cumplirse,
dandole la mano luego
el Infante à la Princesa,
llevando en dote el Imperio
de Siria. *Princ.* Yo lo confirmo,
pues lo ordenaron los Cielos.

Alex. Y yo, y Octavia, señor,
por favores tan supremos,
besamos tus Reales pies.

Todos. Porque dèmos fin con esto
al Maestro de Alexandro,
perdonando nuestros yerros.

FIN.

Con Licencia: En Valencia, en la Imprenta de la Viuda de Joseph de Orga, Calle de la Cruz Nueva, junto al Real Colegio del Señor Patriarca, en donde se hallarà esta, y otras de diferentes Titulos. Año 1768.